

DOSSIEROS BRUGUERA

SS

SERVICIO SECRETO

un extraño perfume a cadáver

KEITH LUGER



SS

SERVICIO SECRETO



KEITH LUGER

UN EXTRAÑO PERFUME A CADÁVER

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.310

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 29.795 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: setiembre, 1975

© Keith Luger - 1965

Concedidos derechos exclusivos a favor

de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.283 - La historia de Bill el Melenas.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.306 - La olimpiada de los espías.
- En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
967 - El Oeste en llamas.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
729 - La venganza.
- En Colección KANSAS:
667 - Mala hierba nunca muere.
- En Colección BRAVO OESTE:
581 - Tres hombres van a morir.
- En Colección PUNTO ROJO:
697 - El ojo del cíclope.
- En Colección CALIFORNIA:
752 - La historia de Buby el Llorón.
- En Colección ASES DEL OESTE:
853 - Cebo para dos buitres.
- En Colección COLORADO:
610- ¡Lucha por tu vida, gringo!
- En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
298 - Cien dólares de coraje.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
82 - La chica del rifle de oro.
- En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
5 - Asesino Murray.

CAPÍTULO PRIMERO

Tom Dike, de casi dos metros de talla, cien kilos de peso en paños menores y ciento dos con el traje que ahora llevaba puesto, entró en la pequeña oficina que compartía con su socio, Clint Sutton, y en cuya puerta se leía:

«Sutton y Dike. Gestionamos toda clase de asuntos»

Clint Sutton estaba sentado en un sillón, con los pies encima de la mesa.

Era joven, de unos veintiocho años, moreno, cabello negro, cara simpática. Estaba ensimismado en la lectura del diario.

—¿Qué haces, Clint?...

—Estoy calculando las probabilidades de la potranca «Sangre Tirolesa». Corre en la tercera.

—Prefiero a

«Cha-Cha».

—Sólo nos quedan cinco dólares y no podemos fallar.

—¿Cinco dólares...? —Tom hizo un gallo con la voz.

—Sí, hijo...

—Ya entiendo... Fue esa otra potranca... Nuestra vecina de habitación...

—No seas mal pensado.

—Contigo hay que serlo, y siempre se acierta... Ayer tenías veinte dólares...

—Hubo que pagar el alquiler de una semana, el franqueo de las doscientas circulares que enviamos a posibles clientes, y una botella de *whisky*...

—Menos mal que se te ocurrió algo bueno... Dame esa botella.

—Tercer cajón del archivo... «Asunto de Emergencia».

—¿Y desde cuándo tenemos un asunto de emergencia?

—Por eso pongo allí la botella de *whisky*... —Clint miró al cielo raso. Dio un suspiro—. ¿Qué tiempo hace, Tom?

—El termómetro marca doce grados y no funciona la calefacción. Dentro de unos momentos estaremos congelados...

—Recuérdame que presente mi queja al casero.

—No, Clint, no lo hagas. Encuerda que también debemos aquí el alquiler de dos meses... ¿Quién me iba a decir que vendríamos a parar a este miserable cuchitril?...

—Tom, recuerda que es un techo.

—Sí. Un techo que en cualquier momento se puede venir abajo sobre nuestras venerables cabezas...

—Me estás distrayendo, Tom... Si estamos a doce grados, creo que «La Pompadour» tendrá muchas posibilidades de cruzar la meta en primer lugar... El terreno estará duro, justo lo que le conviene... Sí, Tom colocaremos nuestros últimos cinco dólares a «La Pompadour».

—Adiós los cinco dólares.

—Tienes que levantar el ánimo, Tom... ¿Por qué hemos de perderlos?...

—No hemos acertado una carrera desde hace ocho meses...

—Ésa es la mayor razón para que acertemos esta vez...

—¿Tú crees?

—Es la ley de probabilidades. Un hombre no se puede equivocar SIEMPRE.

Tom miró a su amigo con la boca abierta. Sonrió.

—Demonios, Clint... Eso tiene bastante lógica.

—Claro que la tiene —contestó Sutton, también sonriendo. Luego se quedó serio, mientras agregaba en voz baja—: Ojalá lo sepa también «La Pompadour».

Tom estaba más optimista. Sacó la botella del cajón del archivador, «Asuntos de Emergencia», y bebió al gollete.

En ese momento llamaron a la puerta.

Dike soltó un bufido porque el *whisky* se le fue por mal camino.

—Eh, Tom —dijo Clint—. ¿Por qué desperdicias ese *whisky*...?

—Han llamado.

—Ya lo sé... Abre.

—No, Clint... Es un acreedor...

—Le diremos que vuelva.

—Sí, pero apuesto a que es uno de los que ha venido va catorce veces. ¿Por qué no le abres tú...? Yo no tengo cara para enfrentarme con esa gente. El cielo no me ha hecho como tú, Clint...

En esa discusión, se abrió la puerta y, en el hueco, apareció la cabeza de un hombrecillo de cabello y bigotes blancos, ojos que defendía con lentes que cabalgaban muy bajos sobre la nariz. Se cubría con un abrigo negro y llevaba en la mano un sombrero del mismo color.

—¿Puedo pasar?...

Tom Dike bailoteó sobre los pies.

—No tenemos dinero... Quiero decir que pase la factura dentro de dos o tres meses... ¿Qué le parece en la primavera?...

El hombrecillo acabó de pasar y dijo, sonriendo:

—El caso es que no traigo ninguna factura.

—Hermano —dijo Clint—. Si viene para alguna colecta a beneficio de la Cesta de Navidad de los Desvalidos, cuente usted con dos dólares... Ya pasaremos por la oficina a dejárselos...

—Es usted muy generoso... ¿Es el señor Sutton?...

—Sí.

—Verá, señor Sutton... Vengo a hacerles un encargo.

Tom tragó saliva.

—¡Es un cliente, muchacho!... ¡Un cliente!...

—Eh, Tom, no hace falta que grites... Se van a enterar hasta en Times Square... Discúlpelo, señor...

—Kurt Freeman... Doctor Freeman...

—Encantado de conocerlo, doctor Freeman... Él es mi socio, Tom Dike...

Freeman hizo una inclinación con la cabeza.

—Ustedes me parecen dos hombres muy simpáticos...

—Claro que lo somos... Usted también lo es...

—¿Puedo sentarme?

—Oh, perdone... Desde luego, puede hacerlo.

El hombrecillo caminó hacia un sillón de cuero muy gastado. Le echó una ojeada como para convencerse de que estaba limpio. Por último, se sentó en el borde, las piernas juntas, poniendo el sombrero sobre las rodillas.

Sonrió a Clint y luego a Tom.

—Usted dirá, doctor Freeman —habló Clint—. ¿Qué podemos hacer por usted?...

—Quiero que lleven algo a mi casa... esta noche... Aquí tienen mi dirección. —Sacó una tarjeta del bolsillo del abrigo, que alargó a Clint por encima de la mesa.

Sutton la tomó y la leyó para sí.

—Muy bien, señor Freeman, será servido. Dígame qué es lo que tenemos que llevarle.

El doctor Freeman sonrió otra vez.

—Un cadáver —dijo con voz suave.

—Ya lo has oído Clint —dijo Tom, que no había perdido el humor desde la llegada del cliente—. El doctor Freeman quiere que le llevemos a su casa un cadáver... —se interrumpió, borrando la sonrisa de sus labios—. ¡Un cadáver!... ¿Es eso lo que ha dicho, doctor?...

—Sí, señor Dike... Un muertecito...

Clint se inclinó sobre la carpeta de plástico que tenía delante.

—El señor Freeman se refiere a que le ha llegado un pariente muerto de fuera y quiere que se lo llevemos a su casa...

—Menos mal —suspiró Tom—. Me había dado un gran susto... ¿Su tía, quizá, doctor Freeman?...

—No.

—Algún hermano...

—No se trata de un pariente.

—Ya entiendo... Ese amigo inseparable que todos tenemos...

—No. Tampoco, señor Dike... Yo, en realidad, nunca he hablado con él... aunque lo he visto fotografiado.

Tom hizo una mueca.

—¿Por qué no se explica, señor Freeman?...

—Con mucho gusto... Se trata de un hombre que está vivo ahora, pero que esta noche será cadáver.

—Ya entiendo. Ha venido aquí para que nos lo carguemos... Ha pensado que somos dos asesinos profesionales...

—Oh, no, de ninguna forma. —En el rostro del doctor Freeman apareció un gesto de preocupación. Ustedes no deben pensar eso de mí... Jamás los contrataría para que matasen a nadie.

—Tom —intervino Clint—. Si yo estuviese en tu lugar pediría disculpas al doctor Freeman...

Tom soltó unos cuantos gruñidos.

El doctor Freeman sonrió de nuevo.

—Está disculpado, señor Dike...

—Doctor —habló Clint—. Díganos dónde encontraremos ese cadáver que le interesa...

—En el restaurante del hotel Myflower.

Tom Dike dio un respingo.

—¿Ha dicho en el restaurante, doctor?

—Sí, el hotel Myflower. ¿Saben dónde está?

—¿Quién no conoce el hotel Myflower?... Es uno de los más importantes de la ciudad. Tiene la misma categoría que el Waldorf Astoria. Allí sólo van los peces gordos... —Dike se rascó una patilla—. Eh, oiga, doctor... ¿Se encuentra bien, o aviso a un colega suyo?...

—Me encuentro perfectamente.

—Pero usted acaba de decir que esta noche habrá un cadáver en el restaurante de ese hotel...

—Así es.

—No me diga que a mediodía estuvo allí, que mató al tipo que había invitado y lo dejó debajo de la mesa. Si es así, ha perdido su cadáver... Los mozos acostumbran a hacer limpieza.

Clint tosió suavemente.

—Tom —dijo—. ¿Por qué no dejas al doctor Freeman que se explique?

—Está bien, que se explique. Pero te aseguro que esto no me gusta nada. ¡Condenación, juraría que ya estoy oliendo a cadáver!

—No le haga caso, señor Freeman... Mi socio es un poco nervioso.

—Me hago cargo.

—Doctor Freeman... Le he entendido lo del cadáver y lo del restaurante... Pero dígame, ¿de quién es el cadáver?

—Oh, sí, perdone, es muy importante...

—A Tom y a mí no nos gustaría confundirnos de muerto...

—Eso está bien, Clint —intervino Tom—. Hay que darle a cada uno el muerto que le pertenece...

El doctor sonrió con benevolencia.

—Si me trajesen otro distinto al que yo quiero lo sentiría mucho, señor Sutton, pues tendría que devolverlo.

—Tiene usted suerte, doctor Freeman, porque en nuestra agencia se admiten las reclamaciones.

—De cuatro a cinco —puntualizó Tom.

—¿Cuál es su cadáver, doctor Freeman? —inquirió Clint.

—El de Bobby Herbert... Ése es el que yo quiero... Ningún otro...

Clint tomó el diario que había dejado sobre la mesa. Lo desdobló y empezó a pasar hojas rápidamente hasta llegar a la primera plana.

Los titulares decían:

«Bobby Herbert absuelto por la Comisión de Investigaciones del Senado».

Y más abajo en letras pequeñas:

«Bobby Herbert celebrará esta noche su triunfo con una cena monstruo, a la que se calcula concurrirán trescientos invitados».

Había también una fotografía de Bobby Herbert. Era un hombre, moreno, de unos cuarenta y cinco años, cara de facciones duras, que sonreía con un grueso habano entre los dientes.

—Doctor Freeman, al decir Bobby Herbert, ¿se refiere usted a este Bobby Herbert?...

El hombrecillo se levantó para tomar el diario. Miró la fotografía por encima de sus lentes.

—Me alegra que haya comprado este diario, señor Sutton —dijo—. Así no se podrán confundir de cadáver. Porque éste es el Bobby Herbert que yo quiero.

Dike hizo otro gallo con la voz.

—Clint, ¿se refiere al gánster?

Sutton se puso una mano en la cara y miró a su amigo por entre los dedos.

—Sí, Tom. Es el gánster...

—Doctor Freeman —dijo Tom Dike—. Contésteme usted rápidamente... ¿Ha matado a Bobby Herbert?

—¿Yo...? En absoluto.

—¿Lo ha hecho otra persona?

—No, señor. No creo que lo haya matado nadie.

—¿Quiere decir que está vivo?

—No tengo ninguna duda de que lo está... Usted mismo puede leer en este diario que esta noche a las ocho va a ser homenajeado con una cena a la que asistirán trescientos invitados...

Tom compuso una cara de tristeza.

—Clint, ¿tú comprendes algo?

—Quizá el doctor Freeman nos aclare un poco mejor el asunto...

—Yo creo que el doctor no puede explicar nada... ¿Te acuerdas de lo que te conté de mi tío Jonás cuando recibió la coz en la cabeza? Pues el doctor Freeman me parece que está lo mismo.

El doctor sonrió a Tom.

—No, señor Dike, le aseguro que en mi casa no tengo ningún establo...

—Bueno, pues entonces se cayó por la escalera y se golpeó en la cabeza. ¿Verdad que es eso, doctor Freeman? Usted está muy malito... Pero Clint Sutton y Tom Dike son dos tipos que se ocupan de todo... Ya lo ha leído en la puerta. Ahora se estará quietecito en el sillón y Clint llamará al hospital de locos más cercano para que vengan por usted... No le harán daño. Sólo le podrán una camiseta, y ya verá usted lo favorecido que se encuentra...

Freeman dejó el diario sobre la mesa y miró a Clint.

—Señor Sutton, Bobby Herbert morirá, más o menos. —Hizo una pausa y consultó su reloj—, alrededor de las ocho y media. Imagino que se armará un buen revuelo... Cabe esperar que trasladen el cuerpo de Herbert a algún sitio... Yo no les puedo indicar en qué momento pueden hacerse dueños del cadáver. Eso es cuestión suya. Por eso les voy a pagar bien... Cinco mil dólares.

Tom estuvo a punto de perder la botella de *whisky*. Le resbaló de los dedos, pero la pudo atrapar en el último momento.

—¿Alguien ha dicho cinco mil dólares?... —gritó como si fuese un subastador.

—Yo, señor Dike... —contestó el doctor Freeman.

—¿Has oído, Clint?...

—Sí, Tom, lo he oído.

—Y además no tenemos que matarlo... El muerto nos lo servirán a punto.

—Un poco más despacio, Tom.

—No compliques las cosas, Clint. Cierra el trato enseguida. Y

pídele cuatro mil quinientos como adelanto...

—¿Quieres callar, Tom? Bebe un trago de *whisky* y se te pasará el susto.

Tom aceptó el consejo y empinó otra vez la botella.

—Doctor Freeman —dijo Clint—. Debo empezar informándole que nosotros hemos aceptado los encargos más extraños por parte de los clientes, pero le aseguro que el de usted bate a los demás por muchos largos de distancia...

—Admito la rareza de mi encargo, señor Sutton, y por eso les voy a pagar un precio desusado...

—Sí. Cinco mil dólares... No está nada mal. Pero antes de aceptar, necesito que me aclare unas cuantas cosas, doctor Freeman.

—Estoy dispuesto a contestar a sus preguntas.

—¿Cómo sabe usted que Bobby morirá esta noche?

—Disculpe, señor Sutton, pero no puedo informarle.

—Oiga, doctor Freeman. Todos sabemos quién es Bobby Herbert. El gánster más peligroso del país. Dirige una organización cuyos tentáculos llegan a las más alejadas ciudades. Trafica con todo, con mujeres, con drogas... y, por si fuera poco, percibe un tanto por ciento sobre las apuestas que se hacen en los más importantes hipódromos. Es dueño de máquinas tragaperras, de clubs nocturnos... Hace pocos meses, un periodista se atrevió a publicar un artículo sobre la carrera delictiva de Bobby Herbert. En él se decía que Bobby había asesinado personalmente a más de treinta personas, y había ordenado la muerte de un centenar más... Cuatro días más tarde, ese periodista fue encontrado en un callejón con seis balas en el estómago. Todo el mundo supuso que Herber estaba detrás de ese crimen... Pero nada se le pudo probar, ni siquiera se le juzgó... Hace unas semanas, una Comisión del Senado investigó los negocios de Bobby... Todo el mundo pensó que por fin había llegado la hora en que Herbert zanjaría sus cuentas con la Justicia; pero éste, gracias a su maligna inteligencia, y a la habilidad de sus abogados, ha salido absuelto... Es lo que publican hoy todos los diarios de Nueva York, y por lo que se va a celebrar esa fiesta en el Myflower. Usted, doctor Freeman, dice que Herbert va a morir en el transcurso de esa fiesta. Si eso llegase a ser cierto, en realidad sólo se trataría de un ajusticiamiento. Sin embargo, usted debe informarme a mí o a la policía de cualquier hecho que

conozca, respecto a un posible asesinato de Bobby.

—No tengo nada que decir —insistió Freeman.

Tom Dike se acercó al cliente y lo palmeó en la espalda.

—Estupendo, doctor Freeman... Ya ha oído a mi socio. Nosotros nunca fallamos. Puede contar con el cadáver de Freeman.

El doctor se puso en pie y sacó la cartera.

—Señor Sutton, le pagaré ahora la mitad de la suma convenida. Dos mil quinientos dólares. Los otros dos mil quinientos los recibirán cuando me entreguen la mercancía... ¿No es eso lo usual?

—Sí, señor Freeman.

El hombrecillo sacó un abultado fajo de billetes sujeto por una goma.

Depositó el rollo de billetes sobre la mesa. Tom fue a alcanzarlo, pero Clint se le adelantó y, en una fracción de segundo, lo hizo desaparecer en su bolsillo.

El doctor Freeman hizo una reverencia.

—He tenido mucho gusto en conocerlos, caballeros. Estaré esperando en mi casa su llegada... Hasta luego.

Dicho esto, giró sobre sus talones y, pasito a pasito, salió de la pequeña oficina.

Cuando los dos socios hubieron quedado solos, Tom lanzó un grito apache.

—Clint, se acabaron nuestras estreches... Ya no es necesario que gane «La Pompadour»...

—No. Sólo necesitamos que muera el jefe del más poderoso *gang* del país... Sencillo, ¿verdad?

—¿Por qué no? El doctor Freeman lo ha dicho... Clint, ¿te das cuenta de lo que eso quiere decir? Ese tipo, Bobby Herbert, cuenta con un ejército de guardaespaldas... No pudieron con él el fiscal del distrito, el FBI y el Senado de Estados Unidos... Sin embargo, el doctor Freeman ha dicho que morirá, y hasta llegó a decir la hora: las ocho y media...

—Tom, creo que pusiste el dedo en la llaga.

—¿Qué llaga?

—En la de la locura.

—Así que, el doctor está como una cabra...

—Como un rebaño; diría yo...

—Entonces, se me ocurre una idea para no perder, al menos, los

dos mil quinientos dólares que nos ha entregado...

—¿Qué cosa?...

—Nos llegamos a la morgue y, con una propina de cinco machacantes, seguro que nos dejan llevarnos un muerto... Ya sabes, allí tienen muchos que no los quiere nadie...

—Me temo que el cliente protestaría. Él sabe perfectamente quién es Herbert... Lo identificó en la fotografía del diario.

—Lo podremos maquillar un poco para que se parezca al gánster...

—No, Tom. Me temo que no serviría.

—¿Entonces qué es lo que se te ocurre?

Clint se puso en pie.

—Aceptamos el encargo que nos dio nuestro cliente, el doctor Freeman.

—Sí, eso ya lo vi... Quedó claro.

—Muy bien, ahora vamos a ver a la víctima...

—¿Qué?

—Quiero hablar con Bobby.

—¿Para qué?

—Para cambiar impresiones acerca de su próxima muerte...

—¡No, Clint! ¡No puedes hacer eso!...

—Andando, Tom. Sé dónde se hospeda Herbert... En el hotel Myflower. Siempre tuve curiosidad por conocer a este hombre, y ahora se me presenta una buena oportunidad... Quiero ver de cerca la cara del que, según dicen, gana anualmente más dinero que Rockefeller...

Clint salió de la oficina.

Tom permaneció unos momentos mirando la puerta que se había cerrado ante sus ojos.

De pronto, dio un trago a la botella, dejó ésta en el cajón del archivo, «Asuntos de Emergencia», y corrió, gritando:

—¡Espera, Clint!... ¡Espera!...

CAPÍTULO II

Bobby Herbert lanzó una carcajada.

—Muchachos, ¿visteis la cara que puso el senador Whatson cuando le dije que yo era el ciudadano más honrado de todo el país?

Los seis hombres que estaban frente a él corearon la carcajada de su jefe.

Un rubio alto, bien parecido, comentó:

—A estas horas, el senador Whatson debe estar muy malito... Durante la última sesión todos pudimos comprobar que se le iban anudando las tripas...

—Me gusta que me hayan investigado —repuso Herbert con satisfacción, golpeándose el pecho—. Así sabrán quién es el jefe. A partir de ahora no existirá ninguna duda... Bobby dará las órdenes... Bobby será el patrón que todo el mundo obedecerá.

—Bobby ¿de qué vas a hablar esta noche durante la cena? —inquirió el rubio.

—Del porvenir. A todo el mundo le gusta que se le hable del porvenir. Yo le pintaré risueño, de color de rosa... ¿Cómo van las invitaciones?

—Los muchachos están trabajando duro. Asistirán al banquete la gente más importante de Nueva York, tipos que están llegando de Chicago, Cleveland, Omaha, Filadelfia, Cincinatti... ¿Quieres más, Bobby?

—Eso está bien, Frank...

Frank Bros, el lugarteniente de Herbert, enseñó en una sonrisa sus blancos y parejos dientes.

—Todo irá como una seda. Durante el banquete pasaré aviso a los doce más prominentes invitados para que acudan a tu cabaña.

—Sí, Frank, esa reunión va a ser histórica... Quiero meterle en la cabezota a esos tipos que desde hoy yo seré quien controle sus

negocios... Tendrán que entrar en mi sociedad... En un principio, sólo pienso pedir el diez por ciento de sus ingresos, pero luego apretaré las clavijas. Con un diez está bien para empezar, ¿no te parece, Frank?

—Seguro, Bobby...

—¿Has hecho ya los cálculos?

—Sí, Bobby, si tú pides el diez por ciento de sus negocios, este año tendrás un ingreso extra de seis millones de dólares. Quizá un poco más. Ten en cuenta que no se ha podido operar con las verdaderas contabilidades de esos negocios...

En ese momento llamaron en la puerta y apareció la cabeza de un hombre alto.

—Señor Herbert, tiene visita.

—¿Quién es, Slim?

—La chica de los cabellos de oro.

—Vilma, ¿eh? Que pase.

Se abrió más la puerta y penetró en la estancia una rubia muy bella, de cuerpo sinuoso. Tenía grandes ojos verdes y pestañas postizas muy largas.

Dio un gritito y echó a correr hacia el sillón en que estaba Bobby. Se sentó en sus piernas y le rodeó el cuello con sus manos.

—Oh, Bobby... He pasado un infierno estos tres días mientras duró la maldita investigación...

—¿Dónde te metiste, Vilma?

—Donde tú habías dicho... En ese motel cerca de Boston, La Gaviota. Han sido los tres días más aburridos de mi vida... Tenías que haberme visto. Constantemente ponía la radio. Me asusté mucho cuando en el boletín de noticias decían que había llegado el final para Bobby Herbert.

—Esos tipos de la radio no me pueden ver ni en pintura... Frank...

—Di, Bobby.

—¿Cuánto nos cuesta la propaganda en la radio?

—Un par de millones.

—Maldita sea, ¿y con un par de millones no puede uno conseguir lo que quiera, que me pongan por las nubes, que digan lo grande que soy?

—Bobby, nosotros pagamos los dos millones para hacer la

publicidad de nuestra mercancía. Eso no incluye los halagos a tu persona... Recuerda que hace un par de años intentamos sobornar a uno de los mandamases de la radio pero no pudimos convencerlo. Esos tipos tienen mucho dinero.

—¿Y por qué no tengo yo una emisora propia, Frank? ¿Acaso no lo has pensado nunca?

—Sí, lo pensé. Podríamos conseguir tres o cuatro emisoras, pero no tendrían la categoría de la NBC y las demás...

—Volveremos a hablar sobre eso... Quiero la NBC. ¿Lo oyes?

—Sí, Bobby, lo estudiaremos.

Los otros hombres habían formado un grupo y charlaban, mientras bebían *whisky* y fumaban.

En aquel momento se abrió la puerta y volvió a aparecer la cabeza de Slim.

—Eh, jefe, aquí hay dos tipos que quieren hablar con usted de un asunto urgente...

—¿Quiénes son?

—Dicen que vienen a hablar con usted acerca de un entierro.

—Frank —dijo Bobby—. ¿Qué broma es ésta?

El rubio parpadeó confuso.

—No lo entiendo... Oh, sí, ahora caigo. Debe ser una representación de nuestro negocio de pompas fúnebres en Cincinatti... No es de mucha envergadura, pero el año pasado sacamos un cuarto de millón. Seguro que vienen a felicitarte por el buen resultado de la encuesta...

—No está mal, que entren. Y de paso les apretaré las clavijas para que suban al medio millón. Hay que estar en todo, Frank. Siempre te he dicho que no hay que despreciar el negocio pequeño... Muchos negocios pequeños hacen un negocio grande.

—Unas palabras muy sensatas, jefe. —Cabeceó Frank.

—Slim —dijo Bobby—. Que pasen los dos funerarios...

La rubia Vilma se hizo un ovillo en las rodillas de Bobby. Juguetó con su oreja.

—Bobby, ¿no vamos a celebrar tú y yo el acontecimiento?...

—Sí, nena.

—¿Con un collar de perlas?

—Con champaña.

—Prefiero un collar de perlas.

—Eso va a depender de ti, muñeca... A ver si te portas como una dama durante la fiesta...

—Seré una dama, tenlo por seguro.

—A ver si es verdad, y no sales bailando un baile de esos modernos cuando estés borracha...

La puerta se abrió dando paso a Clint Sutton y Tom Dike.

—Eh, Clint, mira qué rubia —dijo Tom.

—No está nada mal.

—Yo diría que muy bien.

Se plantaron delante de Bobby y Vilma.

—Señor Herbert —dijo Clint—, ¿quiere desenroscarse por un momento la serpiente pitón?

Bobby se quedó un momento de muestra y, de pronto, lanzó una risotada.

Pero los ojos de la rubia despidieron fuego, mientras miraban a Clint.

—Aquí los únicos animales que hay son ustedes...

—Era un requiebro, rubia —aclaró Sutton.

La joven hizo un hociquito y saltó de las piernas de Bobby con movimientos ondulantes.

Bobby le pegó una palmada en la cadera.

—Infierno, nadie te ha descrito como este muchacho...

—Soy Clint Sutton y éste es Tom Dike...

—Bien, chicos, ¿cómo van las pompas fúnebres por Cincinatti?

—No estamos muy informados de eso, pero las de aquí van a ir de primera... Muy pronto se va a celebrar un entierro de clase especial...

—Sí, señor. —Cabeceó Tom Dike—. Porque usted querrá un ataúd con asas de oro, bien trabajada la madera...

—Y un almohadón de raso para descansar bien la cabeza... —terminó Clint.

Bobby estaba haciendo extraños visajes.

—¿De qué están hablando?

—¿Es que no lo entendió? —dijo Tom Dike—. De su entierro...

El rubio Frank Bros llevó la mano a la axila.

—Jefe, son dos bromistas. ¿Se los embalsamos ya o digo a los muchachos que los quemen con gasolina?

Clint levantó una mano.

—Eh, más despacio, amigo. Somos dos vivos que no quieren estar muertos...

Bobby recuperó el habla.

—No, Frank, no hará falta que los ases. Yo mismo les voy a cortar la lengua...

—Tranquilícese, señor Herbert —repuso Clint—. Salió de un apuro y sería muy malo para usted que ahora muriese de un síncope.

Bobby se puso en pie. A pesar de la advertencia de Clint, estaba muy acalorado.

—¿Quién los mandó?

—Nadie —contestó Sutton.

—Son un par de chiflados, ¿eh? Dos tipos que se creen muy listos. Quieren información y por eso se colaron aquí haciéndose pasar por los muchachos de Cincinatti... Está bien, me gustó su forma de actuar. Se van a ganar la entrevista en exclusiva que querían.

Clint hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No ha dado en el clavo, Bobby...

—¿Eh...?

—Tom y yo no somos de Cincinatti. Vivimos aquí, en Nueva York... Aquí tiene nuestra tarjeta comercial.

Bobby tomó la tarjeta y la leyó en voz alta:

—Clint Sutton y Tom Dike. Agentes de asuntos varios... Demonios, ¿qué significa toda esta mascarada?

—¿Tiene póliza de vida, Bobby?

—¿Cómo?

—Ya sabe. Eso que se firma con la casa de seguros. Uno nombra un beneficiario, que es el que cobra los dólares cuando nos llega la hora de marcharnos al otro mundo...

—Sí, tengo póliza de vida. No necesito otra... ¿Es eso verdad? ¿Se llegaron aquí para que les firmara una póliza?

—Usted se la pegó a los senadores, Bobby; pero con nosotros está quedando muy mal...

En la frente de Herbert se habían hinchado tres venillas, y daba la impresión de que iban a explotar de un momento a otro.

—¿Qué es lo que quieren, maldita sea? ¡Díganlo de una vez!...

Algunos de los hombres que integraban el grupo prestaron

atención a la escena que se desarrollaba entre su jefe y los dos visitantes.

—Estamos dispuestos a ser sus guardaespaldas si nos paga dos mil dólares por mes a cada uno —dijo Clint.

—Frank...

—A la orden, jefe...

—Dime que estoy soñando... ¡Dímelo!

—Jefe, estoy seguro de que estos tipos no hablan en serio...

De súbito, Bobby se pegó una palmada en la frente.

—Eres un estúpido, Frank. Ya comprendo... El tipo con aspecto de elefante es Joe Cadáveres y el otro, el más joven, Bill el Asesino... Me dijeron que estaban haciendo muy buenos trabajos en la costa del Pacífico, pero la policía les seguía los pasos y decidieron emigrar... Joe Cadáveres es un retrasado mental, y Bill el Asesino el que traza los planes. Se dice que han matado a más de cuarenta personas. Son ellos y han venido aquí para ofrecerse al gran Bobby Herbert...

Tom Dike levantó la mano señalando a Bobby.

—Oiga, eso de retrasado mental se lo voy a hacer tragar con un plato de espinacas...

—¿No te lo dije, Frank? —repuso Bobby, alborozado—. ¡Me hace frente a mí! ¡A mí!...

Tom Dike fue a seguir protestando, pero Clint le tiró de la manga.

—Ya está bien, Joe, no hace falta que conservemos por más tiempo el incógnito... Bobby nos descubrió la identidad.

Bobby, después de la tensión de nervios, se puso a reír con estremecimientos.

—Muchachos, quedáis admitidos. Cobraréis los dos mil dólares cada uno. Pero quiero que me obedezcáis ciegamente. Es la condición que exijo a los hombres que han de vivir a mi lado.

—Trato hecho —asintió Clint.

—Ya sabréis que esta noche me van a dar un homenaje.

—¿No hemos de saberlo? —dijo Tom. Iba a proseguir hablando, pero se calló cuando Clint le golpeó en el tobillo con el pie.

—Quiero que estéis en el salón, cerca de mí.

—¿Espera quizá ser objeto de un atentado?... —sugirió Clint.

—¿Un atentado? —repitió Bobby. Rió de nuevo—. Eh, Frank,

¿has oído? Bill el Asesino pregunta si voy a ser objeto de un atentado, como si alguien pudiese matarme...

—Bill es un chico muy gracioso —convino Frank—. Lo está demostrando muy aprisa.

—No, muchachos —habló Bobby otra vez a los dos hombres que acababa de contratar—. Nadie se atrevería a tocarme un pelo... Yo soy Bobby Herbert, uno de los hombres más importantes del país...

—Perdón señor Herbert, pero también mataron al presidente en Dallas... y era el más importante de todos.

Bobby cesó de reír. Cerró el ojo derecho y miro a Clint sólo con el izquierdo.

—Sí, Bill, tienes razón. No había pensado en eso. El presidente era el presidente, y de nada sirvieron los polis que llevaba a su lado. ¿Sabéis una cosa? Me alegro mucho de que hayáis venido... Sí, señor, me alegro mucho.

—Es un placer servirle, Bobby —dijo Clint.

—Id al bar, y beber lo que queráis. Dentro de un rato nos largaremos al restaurante. Ahora debo repasar mi discurso. Quiero que sea tan memorable como el de Abraham Lincoln en Gettysburg.

CAPÍTULO III

El salón del restaurante Myflower ofrecía un brillante aspecto.

Los invitados, puestos en pie, prorrumpieron en aplausos cuando Bobby Herbert apareció repartiendo saludos y sonrisas.

Detrás de él caminaban su lugarteniente Frank Bros y cuatro guardaespaldas, entre ellos, Clint Sutton y Tom Dike.

De pronto, un hombre se interpuso en el camino de Bobby.

—Caramba exclamó el homenajeadó. —Si tenemos aquí el mismísimo teniente Dewey Tamblyn, el famoso hombre del FBI.

Tamblyn era un hombre de unos treinta y cinco años de cabello castaño y ojos azules.

—No quise perderme la fiesta, Bobby —contestó.

—¿Vino solo, señor Tamblyn?

—Sí.

—Fue un detalle por su parte, no traer a sus sabuesos. ¿Pero qué espera encontrar aquí? ¿Alguna prueba para llevarme ante un jurado?

—¿Por qué no? Siempre he opinado que en cualquier parte se puede encontrar lo que necesita la Justicia.

—Sus proverbios me hacen mucha gracia, Dewey, más que los de un chino.

—Lo celebro. A propósito, ¿quiénes son los dos tipos nuevos que le acompañan?

—¿No los conoce?

—No le preguntaría, si los conociese.

—Está bien. Yo sé los presentaré. Muchachos, venid aquí.

Clint y Tom se acercaron, y entonces Bobby dijo:

—Éste es Bill Hayes y el otro Joe Bruce.

—Ahora caigo... Bill el Asesino y Joe Cadáveres —dijo Dewey con un brillo de ferocidad en los ojos.

—Muchachos —sonrió Bobby—. Les presento al hombre del FBI

que lleva ocho años tras de mis pasos y que no se cansa de hacer el ridículo conmigo...

Los ojos de Dewey Tamblyn parecieron cuentas de vidrio mientras miraba a los dos presuntos asesinos de California.

—Quizá ustedes no lo crean, pero me alegro mucho que hayan venido. Y ahora hasta la vista.

—¿No se queda teniente? —inquirió Bobby.

—No recibí tarjeta de invitado.

—Usted no necesita tarjeta señor Tamblyn. Le regalo el cubierto...

—Me quedaré en el vestíbulo. No aceptaría de usted ni un vaso de agua aunque me encontrase en el desierto...

—Ya salió el incorruptible... ¿Sabe una cosa Dewey? Quizá le recuerde algún día sus palabras. Ya sabe, lo del vaso de agua en el desierto...

—¿Es una amenaza Bobby?

—No. En absoluto. A mí no me gusta amenazar a tipos tan importantes como usted. Y ahora perdóneme Tamblyn... He de atender a mis invitados.

Bobby continuó el camino seguido de Frank.

Los guardaespaldas lo siguieron pero Tamblyn puso una mano en el pecho de Clint.

—Eh Bill. Párese usted también Joe...

Los dos socios se detuvieron sonriendo amistosamente al hombre del FBI.

—¿Qué le pasa señor Tamblyn? —preguntó Clint.

—Ustedes van a durar muy poco aquí.

—Bueno teniente ¿quiere que le haga una confesión?

—Le escucho.

—Nos llegamos aquí por un cadáver...

—Son ustedes muy modestos... ¿Sólo uno?

—Nos conformamos con poco...

—Ese cadáver debe ser muy importante.

—Lo es.

El teniente del FBI entornó los ojos.

—Son ustedes la más repugnante pareja de asesinos con que me he tropezado en mi vida.

—¿Por qué dice eso teniente?

—Hablan de matar con una desfachatez increíble... Sólo hace falta que me digan lo que cobran por su trabajo.

—Cinco mil dólares —contestó Tom Dike muy rápido—. Ya nos embolsamos dos mil quinientos la otra mitad nos la darán cuando presentemos el fiambre.

El hombre del FBI apretó los maxilares.

—Los voy a pillar con las manos en la masa...

—No teniente —repuso Clint—, no ocurrirá eso...

—¿Se creen invisibles?

—Casi.

—Les demostraré que se equivocan. Muevan un dedo para hacer el trabajo que les han confiado, y les juro que irán derechos al patíbulo...

—Eso lo dirá usted a todos, teniente —dijo Clint—. Joe, vamos... El jefe nos está esperando... Ah, señor Tamblyn, dele recuerdos al viejo Hoover...

—A él le gustará mucho más que les presente sus cabezas.

—Pues se quedará con las ganas.

—Eso ya lo veremos.

Clint y Tom se apartaron del teniente.

Tom Dike se echó a reír.

—Eh, Clint. El teniente también ha creído a pies juntillas que nosotros somos los asesinos del Pacífico. Hasta ha prometido que nos llevará a la silla. Esto cada vez me gusta más... Resulta divertido. El teniente no sabe que nosotros no somos lo que somos y que, si Bobby Herbert estira la pata, no tendremos nada que ver...

—Sí, Tom. Podemos estar la mar de tranquilos... Aquí se ha reunido la crema del gansterismo, pero, si pasa algo, seremos tan inocentes como dos hermanos de la Caridad...

—Demonios, parece que va a ser un banquete de los que hacen época. —Se palmeó el estómago—. Calla, muchacho... Dentro de un momento tendrás lo más selecto...

Tenían reserva en una mesa cerca de la que presidía el homenajeado. Al lado opuesto, estaban los otros dos guardaespaldas.

A la derecha de Bobby se encontraba su lugarteniente, Frank Bros, y a su izquierda, la rubia Vilma, que lucía un vestido de generoso escote.

—¿Qué hora es? —preguntó Tom Dike.

—Faltan quince minutos para las ocho.

—Demonio, a Bobby sólo le quedan tres cuartos de hora de vida.

—Quizá.

—Pero, Clint, no debemos creer al doctor Freeman... Aquí no parece que se vaya a cometer un asesinato. ¿Cómo van a matar a Bobby delante de tanta gente? Y, además, está ese teniente del FBI. El asesino no podría escapar con vida... lo vería demasiada gente.

—Esperemos los acontecimientos.

—Sí, Clint, pero sigo pensando en lo mismo... Voy a cenar la mar de tranquilo. A Bobby no lo puede matar nadie. Ese Freeman es lo que yo dije, un chiflado...

Los camareros empezaron a servir las mesas.

Tom Dike se puso a comer a dos carrillos.

De repente, una joven se acercó a la mesa de los dos socios. Portaba una máquina fotográfica con *flash*.

Se la echó sobre la cara para disparar.

—Eh, usted, espere un momento —dijo Clint, apartándole la máquina.

De esa forma, dejó al descubierto el rostro de la mujer.

Era extraordinariamente bella, de ojos muy grandes y oscuros; los labios sabrosos, gordezuelos, las mejillas suavemente hundidas. Su cabello era del color del azabache. Estaba muy bien de lo demás, perímetro torácico, cintura y caderas.

Llevaba un vestido de noche blanco, con tirantes muy finos.

—Eh, ustedes —exclamó la hermosa—. No pueden impedir que los fotografíe.

—¿Por qué no? —inquirió Clint.

—Porque tengo la exclusiva de esta fiesta... El señor Herbert se la concedió a Prensa Reunida.

—Y usted es la representante de Prensa Reunida.

—Claro que sí.

—Demuéstrelo.

—Ya enseñé mi credencial a la entrada...

—Pero nosotros no estábamos allí...

Los ojos de la joven chispearon furiosos. Finalmente abrió un pequeño bolso y les mostró una tarjeta.

—Léalo, aunque dudo mucho que sepa leer.

Clint tomó la tarjeta y leyó en voz alta:

—Leyla Dalton... De profesión guapa... Estará libre mañana, de cinco a nueve, para ir al cine con el hombre de su vida...

—Muy gracioso, señor Bill el Asesino —repuso Leyla, arrebatándole su credencial de un tirón.

—Me conoce, ¿eh?

—Sí. También a su compañero. Es Joe Cadáveres.

Tom Dike, que no había dejado de comer, sacudió la cabeza.

—¿Cómo está, señorita Guapa? Le voy a dar un Consejo. No acepte la invitación de Bill... Se gasta demasiado dinero con las mujeres, y luego estamos a dos velas...

—Vaya, eso ya es una buena nota para Billy el Asesino. Creí que después de usar a una mujer, se deshacía de ella en el incinerador...

—Eso es lo que hacía al principio. Pero era un procedimiento demasiado caro... Ahora compro una sogá y una piedra y... hala, al lago con ella...

—Aquí el lago le pillá muy lejos.

—Según he visto en el mapa, el mar está bastante cerca. Pero dígame, señorita Dalton, ¿quién le habló de nosotros?

—El señor Tamblyn...

—Vaya, el muchacho del FBI. De modo que está por él...

—Somos amigos...

—Él está mirando hacia acá —dijo Clint, comprobando que Dewey Tamblyn los observaba desde la entrada del salón.

—Debe estar inquieto por la suerte que puedo correr con ustedes. Me repitió varias veces que ustedes son los tipos más peligrosos de esta reunión...

—No se puede ser famoso, nena... Joe, recuérdame que mañana me compre gafas oscuras...

—No me hacen reír sus chistes, señor Asesino... —dijo Leyla con la barbilla levantada.

—Oiga, ¿por qué no deja lo de asesino y me llama Bill a secas, como mis amigos?

—Yo no soy su amiga, ni pienso serlo nunca...

—Bueno, acabamos de conocernos. Concédame un poco de tiempo y ya verá cómo nuestras relaciones serán tan estrechas que, entre usted y yo no cabrá una cuchilla de afeitar...

—Les haré la fotografía y me marcharé...

—Todas las que usted quiera, hermosa...

—He dicho que sólo una. Pero, si me quieren hacer un favor...

—Ya está hecho, pero no nos pida que matemos al camarero...

—No. Sería demasiada benevolencia por parte de ustedes... Sólo quiero que empuñen sus pistolas...

—Siento decepcionarla. No las trajimos.

—¿Me van a decir que dejaron sus instrumentos de trabajo en casa?

—El jefe nos dio vacaciones por toda esta noche. Pero ¿qué le parece esto?... Joe y yo empuñaremos el cuchillo.

—De acuerdo...

Tom sonrió blandiendo el cuchillo. Y Clint lo imitó abriendo los ojos y torciendo la boca en una mueca feroz.

La joven disparó el *flash*.

—Por favor, señorita Dalton —dijo Tom Dike—. Si salimos bien, mándeme doce copias...

—A mí una de tamaño dieciséis por dieciocho para enviarla a mi abuelito. El pobre está en

Sing-Sing,

cumpliendo una condena de 315 años y un día.

—Al parecer, le viene de familia.

—Es un complejo del que no podemos librarnos. Y no crea que no lo intenté... He visitado a cuatro psiquiatras... Imagínese, despaché a tres de ellos mientras los pobres intentaban apartarme del mal camino...

La joven abrió la boca, agrandó los ojos y tragó saliva.

—El teniente tenía razón... Son ustedes la pareja de asesinos más sádicos que existen en el planeta. ¡Los detesto!

La joven dio media vuelta y se encaminó hacia donde estaba el teniente Tamblyn.

Tom Dike encanutó los labios.

—Vaya genio que tiene la chica...

—Y vaya caderas...

—Eh, Clint... Será mejor que la olvides. Recuerda que es amiga del teniente del FBI y él quiere ser nuestro verdugo...

—Tom, no te sugestionas... Tú no eres Joe Cadáveres y yo tampoco soy Bill el Asesino...

—Pero estamos ocupando sus puestos y eso nos va a

proporcionar dos mil dólares al mes...

—Tom, no llegaremos a cobrar el primer sueldo. Suponiendo que el doctor Freeman se equivoque, esta misma noche rescindiremos nuestro contrato con Bobby Herbert... Porque si él se entera de que somos dos impostores, nos hará un relleno como el de ese pollo que estás comiendo.

Tom dio un respingo y dejó de masticar.

—Clint, no me recuerdes esas cosas ahora...

—Sólo he querido ponerte los pies sobre la tierra.

Clint también se puso a comer.

El tiempo fue pasando y la cena transcurría en medio de una algarabía creciente, a medida que se iba consumiendo el champaña.

Clint consultó nuevamente su reloj.

Faltaban diez minutos para las ocho y media.

En medio de una atronadora salva de aplausos, Bobby Herbert se levantó.

Limpióse la boca con una servilleta, ufano, satisfecho.

Poco a poco, se fue haciendo silencio.

Entonces, Bobby dijo:

—Damas y caballeros, gracias por haber venido.

Primero un corto número de voces, luego todos a coro, empezaron a cantar.

—«Por ser un gran muchacho, por ser un gran muchacho... Estamos todos aquí»...

Bobby alzó los brazos para rogar silencio.

—Les aseguro, amigos, que nunca me he encontrado mejor... Todos sabéis la clase de injusticia que se ha hecho conmigo... Yo, Bobby Herbert, he sido investigado por el Senado de Estados Unidos, como si fuese un hampón de los muelles...

—¡Eres un tipo grande, Bobby! —gritó alguien y se oyeron aplausos.

—Sí, muchachos... —Tronó la voz de éste—. Mi honradez ha sido puesta en tela de juicio por ciertos elementos que no vacilan en meterlo a uno en el barro... Eso es lo que quisieran ellos. Verme en un lodazal... Vencido, humillado, a cuatro patas... Pero no se puede hacer eso con Bobby Herbert, con un hombre que crea riqueza, con alguien como yo que da de comer a miles de familias... Leer la Historia de Estados Unidos escrita por mi buen amigo Louis Barón,

dos dólares noventa y cinco (Risas)... Sí, leer esa historia y sabréis que nuestro país ha llegado a ser lo que es gracias a hombres como Bobby Herbert. Yo pertenezco a esa raza que jamás se ha detenido ante nada, ante ninguna clase de obstáculos... Constantemente, día a día, tipos indeseables se cruzan en nuestro camino con la única ilusión de hacernos inclinar la cerviz... Y hasta están dispuestos a pegarnos en los riñones, para obligarnos a hincar la rodilla... Pero están muy equivocados... ¡Que lo sepan bien los señores que se han llegado aquí esta noche buscando una prueba...! Sí, amigos... Hay alguien que está aquí pensando que durante este banquete quizá me dedique a vender una docena de mujeres (Grandes risas y ovaciones). Pero no quiero molestar a nadie esta noche. Es un día de fiesta para todos... Y se me llenan de lágrimas los ojos al ver vuestras caras, al pensar lo que sienten vuestros corazones... Porque yo sé que vuestros corazones están llenos de cariño por mí...

—Te queremos, Bobby... Te queremos —gritó alguien y todos prorrumpieron otra vez a cantar. «Por ser tan gran muchacho, por ser tan gran muchacho... Estamos todos aquí...»

—Amigos todos —rugió Bobby para hacerse oír en medio de aquel maremágnum—. Ahora voy a soltar mi discurso... Lo he preparado durante muchos días... Creo que es importante, muy importante. Su título es: «¡Colaboremos todos en la gran empresa y habrá más Beneficios a repartir...!».

Los invitados aplaudieron con frenesí.

Bobby metió la mano en el bolsillo y saco un rollo papel.

Tosió con suavidad mientras lo desenrollaba, y se dispuso a leer.

Se oyeron siseos para que callasen los que estaban hablando.

En el comedor reinó ya un profundo silencio.

De pronto, Bobby Herbert, dio un respingo. Se tambaleó.

Se venció hacia Vilma y, al apoyarse sobre ésta, le volcó el contenido de una copa de champaña sobre el vestido.

Vilma lanzó un grito.

Frank Bros trató de atrapar a Bobby por el brazo, pero no llegó a tiempo.

Bobby Herbert se derrumbó en el suelo. Instantáneamente, se produjo una gran conmoción.

Tom Dike tragó el bocado que se le había quedado en la garganta.

—Clint, ¿qué es eso...?

Sutton consultó el reloj.

—Las ocho y media en punto, y ya tenemos el muerto...

CAPÍTULO IV

—Eh, Clint —dijo Tom—. No podemos consentir que nos roben el cadáver.

—No, Tom... Para nosotros vale dos mil quinientos dólares... Vamos por él.

En el lugar donde había caído Bobby reinaba una confusión indescriptible.

Vilma estaba a punto de desmayarse.

—No, Bobby... ¿Qué te pasa...? Háblame...

Frank Bros se estaba desgañitando.

—¡Un doctor...! ¡Que acuda rápidamente un doctor...!

Clint y Tom se abrieron paso pegando codazos a diestra y siniestra.

—Lo que se necesita ahora son dos funerarios, y aquí estamos nosotros —dijo Tom.

Llegaron ante Bobby, que había sido colocado en el sillón presidencial que antes ocupaba.

Sus ojos estaban cerrados, la cabeza vencida sobre el pecho.

Tom lo atrapó por la cintura y fue a echárselo sobre el hombro.

—Eh ¿qué haces, los? —gritó Frank.

—Me lo llevo a casa.

—No puedes hacer eso, déjalo ahí... Necesita los primeros auxilios.

—Ya no son necesarios.

—¿Cómo lo sabes...?

—Soy Joe Cadáveres... ¿No lo recuerdas? He manejado muchos. El teniente del FBI llegó ante ellos.

—Deje a ese hombre en el sillón, Joe...

—Es mío, teniente... No me puede quitar el cadáver.

—¿Quién le ha dicho que está muerto...? Ahora lo comprobaremos... ¡Le he dicho que lo deje...!

Un hombre vestido de *smoking* se presentó portando un maletín.

—Soy el doctor Howard Andes... Dejen espacio libre para atender al señor Herbert.

Tom Dike, de mala gana, tuvo que dejar a Bobby en el sillón.

El doctor Andes ya tenía puesto el estetoscopio. Le quitó la corbata a Bobby, le desabrochó la camisa y se puso a auscultarle el pecho.

—Todavía no ha muerto —declaró—. Escucho perfectamente los latidos de su corazón, aunque el ritmo es muy débil... Hay que llevar al señor Herbert a un hospital inmediatamente, o no respondo de su vida...

—Yo me encargo de eso —dijo el teniente—. Hay un coche de la policía ahí fuera.

—Usted no hará tal cosa, teniente. —Se opuso Frank Bros.

—¿Por qué no?

—Usted es la ley y no volverá a tratar al señor Berberí como si fuese un delincuente.

—No iba a llevarlo al hospital de la cárcel...

—De todas formas, no necesitamos sus servicios... Vamos, muchachos, lleven al señor Herbert a su auto... Lo trasladaremos al hospital que ya conocemos, el de San Vicente... Tú, Slim, avisa que llegaremos dentro de unos minutos...

—Ahora mismo telefono.

Dos de los hombres de Bobby se encargaron de transportarlo al auto.

Clint y Tom se habían apartado a un lado, sorprendidos por el diagnóstico del doctor.

—Eh, Clint, no lo mataron.

—Ha debido haber un fallo...

—Nos quejaremos a nuestro cliente... Eso es no tener formalidad.

—Lo que verdaderamente me asombra es que haya ocurrido... Además fue muy puntual. Las ocho y media... Quédate por aquí. Voy a hacer una llamada. Mantén los ojos bien abiertos...

Poco después, Clint se introducía en una cabina y marcaba el número que figuraba en la tarjeta del doctor Kurt Freeman.

Oyó sonar tres veces la señal antes de que contestasen.

—Doctor Freeman al habla. —Oyó la voz meliflua de su cliente.

—Doctor Freeman, soy Clint Sutton, y le hablo desde el hotel Myflower.

—Cuánto me alegro de oírlo, señor Sutton... Espero que su trabajo se desarrolle con absoluta normalidad...

—Se equivoca, doctor... Hubo un error.

—¿Qué quiere decir?

—A las ocho y media, como usted dijo, Bobby Herbert cayó como una res apuntillada, antes de leer el discurso que había preparado... Pero no ha muerto...

—¿Cómo...?

—Que no ha muerto... Fue reconocido por un colega suyo, el doctor Howard Andes, y dijo que Bobby todavía vivía...

El doctor Freeman emitió unos gruñidos.

—¡Qué mala suerte!

—¿Sólo se le ocurre decir eso, doctor Freeman...?

—¿Dónde está ahora Bobby Herbert...?

—Se lo llevaron al hospital...

—¿A qué hospital?

—Al de San Vicente...

—Gracias, señor Sutton.

—Eh, doctor, ¿qué es lo que va a hacer...?

—Nada.

—No le creo... Piensa ir, al hospital de San Vicente para terminar de cargárselo...

—Señor Sutton, no debe hablar así. Le repito que soy incapaz de matar a un ser vivo, ni siquiera a una mosca...

—Oh, sí, claro. Usted es un hombrecito bondadoso. Y los domingos por la tarde se va a Central Park a dar de comer a los pajaritos.

—¿Cómo lo sabe...?

Clint se pasó una mano por la cara.

—Oiga, doctor Freeman, esto no es un juego.

—Ya sé que no.

—En un principio, mi socio y yo creímos que usted estaba algo tocado de la cabeza. Ya me entiende... Pero los hechos han demostrado que es usted una persona más seria de lo que parecía.

—Les quedo muy agradecido por rectificar su opinión respecto a mí...

—De nada, doctor Freeman. Pero ahora, dígame, ¿cómo sabía usted que Bobby iba a caer a las ocho y media...?

—Ya le informé a su debido tiempo que no se lo podía decir.

—Pero ahora lo hará.

—No, señor Sutton.

—Entonces nos vamos a quedar sin cliente.

—Lo sentiría mucho, señor Sutton. He depositado mi confianza en usted... Además, tendrá que devolverme el dinero que le di como adelanto... Desde luego, estoy dispuesto a pagar los gastos que les haya ocasionado hasta ahora.

Clint pensó que aquella conversación era la más absurda que había sostenido con un cliente desde que se le ocurrió dedicarse a los Asuntos Varios.

—Oiga, doctor Freeman —dijo Clint con voz paciente—. Suponga que continuamos aceptando su encargo... Usted quiere el cadáver de Bobby Herbert, pero resulta que éste no está muerto...

—Tampoco lo estaba cuando los visité en su oficina, y sin embargo, ustedes me aceptaron como cliente.

—No querrá que ahora nosotros lo rematemos en su lecho del hospital.

—Oh, de ninguna forma, señor Sutton... Jamás consentiría que ustedes se convirtieran en asesinos por mi culpa...

—Es usted muy considerado, doctor.

—Además, no necesitan matarlo.

—Le comprendo. Bobby Herbert se morirá solo...

—Y si no se muere solo, alguien le ayudará un poco...

—¿Quién?

—Es usted muy astuto, señor Sutton. Ya me ha hecho la misma pregunta en diferentes formas, pero le aseguro que siempre obtendrá de mí el mismo resultado.

—Nada.

—Correcto, señor Sutton.

—Muy bien, doctor... Díganos ahora qué es lo que tenemos que hacer.

—Simplemente tienen que esperar, dentro o fuera del hospital, el momento en que puedan servirme la mercancía que les tengo solicitada.

—Cualquiera que lo escuche pensaría que se trata de un saco de

patatas.

—Espero que siga atendiendo mi encargo con su habitual diligencia, señor Sutton...

—Oh, sí, desde luego, doctor Freeman... Puede estar seguro de que mi socio y yo cumpliremos nuestro trato.

—No esperaba otra cosa... Buenas noches.

Clint oyó que la comunicación se interrumpía.

Se quedó mirando al micro. ¿Le estaba pasando aquello a él o lo estaba soñando?

Se golpeó con el teléfono en la cabeza, y se hizo daño. Sí. Estaba bien despierto.

Salió de la cabina y regresó al comedor, junto a Tom.

Ya se habían llevado a Bobby Herbert.

Los invitados habían formado grupos y discutían acaloradamente el suceso del que habían sido testigos.

—Vamos, muchacho... Al hospital de San Vicente. Necesitamos estar allí, por si a Herbert se le ocurre largarse al otro mundo... Además, estoy muy interesado en saber si fue envenenado...

CAPÍTULO V

Vilma estaba sentada en un sillón de una sala de espera. Fumaba un cigarrillo.

Los dos socios se plantaron delante de ella y Clint dijo:

—¿Con qué lo envenenaste, rubia?

La joven alzó los ojos.

—Sigan la flecha, hermanos, y tírense por la ventana.

—¿Fue arsénico o cianuro...?

—El cianuro te lo voy a poner a ti en un ponche...

—Que sea de dos huevos.

—Eres muy chistoso Bill pero a mí no me hacen ninguna gracia tus chistes. ¿Lo oyes bien...?

—Nena estás corriendo un gran riesgo al quedarte aquí. Cuando Bobby se pueda levantar, te va a atrapar por el cuello y te va a sacar un palmo de lengua.

—¿Por qué sospechas de mí?

—El veneno es cosa de mujeres y tú eras la que estabas más próxima a él.

—Estúpido para matar a alguien se necesita un motivo. ¿Y qué motivo tenía yo...?

Tom intervino:

—Yo puedo contestar a eso. Te quisiste cargar a Bobby porque no te compró el collar de perlas.

—Eres tan tonto como pareces, elefante...

—Eh, nena, sin insultar...

—Habéis empezado vosotros primero...

Clint se pellizcó el mentón pensativo.

—Supón que Bobby muriese atropellado por un automóvil, quiero decir de muerte natural... ¿Cuál sería tu parte en la herencia...?

—Sólo unos veinte mil dólares y el apartamento en que vivo.

—No está mal.

—Me interesa mucho más vivo... Bobby me pasa mil dólares al mes y son limpios, porque él me paga la comida, los abrigos, los coches y todo lo demás...

—Bobby habló de que tenía una póliza de vida. ¿Quién es el beneficiario...?

—Yo.

—¿Por cuánto?

—Cien mil dólares.

—Conque no tenías motivos, ¿eh...?

—Te repito que vivo me resulta mejor.

—Eso lo dices en el parque de bomberos y tienes un éxito, gatita...

—Ya estoy harta de vosotros... ¿Por qué no regresáis a California...?

—¿Te olvidas de una cosa...? Bobby nos contrató como guardaespaldas. A él estuvieron a punto de despacharlo y nuestra obligación es dar con la persona que lo hizo.

En aquel momento, Frank Bros se acercó a ellos.

Vilma saltó del sillón y fue a su encuentro.

—¿Cómo está Bobby, Frank...?

—Saldrá de ésta.

—¿Qué es lo que le pasó?

—Lo envenenaron con arsénico.

—¿Pero quién pudo hacer eso...?

—Eso es lo que quisiera yo saber.

Los dos socios habían escuchado el diálogo.

—Eh, Frank —dijo Sutton—. ¿Quién sería el jefe si Bobby muriese...?

—Tendría que celebrarse una reunión. El jefe sólo sería elegido por mayoría de votos.

—¿Serías tú uno de los candidatos...?

—Es posible. —Frank entornó los ojos como rendijas—. ¿Qué es lo que estáis tramando...?

—¿Por qué no habías de envenenarlo tú, Frank...?

—Ya suponía eso.

Bros tiró el puño a la cara de Sutton, pero éste saltó a un lado con agilidad, y Frank golpeó en el vacío.

Cuando iba a volverse, Clint le incrustó los nudillos en la boca.

El lugarteniente de Bobby cayó en el sillón y de allí rebotó al suelo.

Quedó semiinconsciente y entonces Vilma corrió a su lado.

—Frank, ¿te ha hecho daño...?

Lo ayudó a levantarse y entonces Bros sacudió la cabeza y miró a Sutton con ira.

—Bill, esto lo vas a pagar...

—Cuidado, Frank. A Bill el Asesino no se le amenaza gratuitamente...

—Sólo eres un matasiete asalariado, ¿lo oyes...? No debes olvidarlo, o acabarás en una fosa.

—Todos perdimos un poco los nervios. Pero yo sólo quería descubrir a la persona que envenenó al jefe...

—También quiero descubrirlo para freírlo en una sartén de aceite hirviendo... Bobby Herbert ha sido para mí el padre que nunca tuve.

—¿Quién hay con él allí, ahora...?

—Están Kenneth y Morris, los dos guardaespaldas que lo han protegido siempre...

—¿Cuál es la habitación...?

—La 116.

Sutton hizo una señal a su amigo y los dos abandonaron la sala.

Se metieron en un ascensor y cuando las puertas se iban a cerrar, se coló en la jaula el hombre del FBI.

—¿Qué tal, chicos...?

—De primera, señor Tamblyn.

—Quería hablar con ustedes... Me dijeron que habían venido aquí a realizar un trabajo. Y ahora ya sé en qué consiste. Tenían que cargarse a Bobby.

—Usted es un tipo muy listo, señor Tamblyn —contestó sonriendo Sutton.

Llegaron a la tercera planta y salieron del ascensor.

—Esperen un momento —dijo Dewey.

—¿No terminó ya, teniente?

—Sólo he empezado. Quiero llegar a un acuerdo con ustedes...

—Eso sería inmoral por su parte, señor Tamblyn... Recuerde la clase de tipos que somos... Asesinos profesionales.

Dewey hizo rechinar los dientes.

—Quiero que me digan el nombre de la persona que les pagó para cargarse a Bobby Herbert.

—No hay comentarios, señor Tamblyn.

—Preferiría que me diesen otra respuesta... Les conviene... Si me dicen el nombre de su patrón no tendré en cuenta el intento de envenenamiento. Al fin y al cabo se trata del peor bicho del país.

—No hay cometarios, señor Ness, digo señor Tamblyn...

Los dos amigos continuaron su camino hacia la habitación 116, ya sin la compañía del agente del FBI.

—Clint, esto cada vez me gusta menos. —Gruñó Dike—. Y se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Que nos podíamos largar. Hemos cumplido con el doctor Freeman. Él dijo que Bobby se convertiría en cadáver en el restaurante del hotel Myflower y no ha ocurrido así.

—La verdad es que estoy interesado en este asunto.

—¿En el asunto o en la chica...?

—Digamos en los dos al cincuenta por cien.

Sutton abrió la puerta 116 y pasó al interior seguido de su compañero.

Los dos guardaespaldas estaban al lado de la cama donde se encontraba Bobby. Ambos echaron mano a la pistola que guardaban bajo la axila.

—No os acerquéis, o apretamos el gatillo.

—Un momento, muchachos. Yo soy Bill el Asesino y este Joe Cadáveres y fuimos contratados por Bobby como guardaespaldas.

—Sí. Pero ya no nos fiamos de vosotros.

—Entonces estamos a la par, porque nosotros tampoco creemos en vosotros. ¿Verdad, Joe...?

—Seguro, Bill... Estos tipos nunca me gustaron un pelo. Ni el de la derecha ni el de la izquierda... Tienen una cara de criminales que no se la terminan.

Kenneth, un sujeto escuálido y macilento, sonrió como un moribundo.

—Miren quién habla... ¿Te has visto en un espejo...?

—Hoy mismo.

—Apuesto a que lo has roto.

—A ti te voy a romper yo las narices.

Clint detuvo a su amigo.

—Eh, Joe, no podemos iniciar aquí una pelea. Molestaríamos al enfermo.

En ese momento, Herbert abrió los ojos. Pero se puso bizco.

—Damas y caballeros así me quisieran ver ellos... A cuatro patas... revoleándome en un lodazal como un cerdo...

—Pues estaría muy propio señor Herbert —dijo Tom—. Porque ya mira como un lechón.

Bobby levantó los brazos.

—Se me llenan de lágrimas los ojos porque sé que vuestros corazones están llenos de cariño por mí...

—Hay cariños que matan —siguió diciendo Tom.

—Canten, chicos... canten... ¡con energía...! «Por ser tan gran muchacho, por ser tan gran muchacho»...

Kenneth y Morris cantaron a dúo.

—«Por ser tan gran muchacho... estamos todos aquí...»

Clint pegó con el codo a Tom y los dos se unieron también al coro.

Bobby se puso a llorar y a tirar besos.

—Gracias, chicos, gracias...

Se abrió la puerta y entraron Vilma, Frank y otros cuatro hombres que gozaban de la confianza de Bobby.

—¡Ya volvió en sí...! —gritó Vilma—. ¡Y miren qué contento está...!

Bobby buscó a Vilma con la mirada de sus ojos bizcos.

—Oigo una voz de mujer... ¿Dónde está...? Vilma, mi querida Vilma...

—¿Qué han hecho con mi gran oso...? —exclamó ésta y corrió hacia Bobby. Lo abrazó y lo besó.

Herbert exhaló el aire por los dientes y apoyó la cabeza en la almohada.

—Qué malito estoy... Debí hacerte caso y no beber más champaña... Me sentó muy mal ¿verdad...?

—Sí, señor Herbert —contestó Tom Dike—. Le sentó muy mal porque el arsénico perjudica mucho el estómago... Pero leí una vez que si se toma a pequeñas dosis llega uno a no sufrir los efectos. Conque lo único que tiene que hacer es pedir que lo sigan

envenenando.

Bobby Herbert pegó tal brinco en la cama que golpeó con la cabeza en la barbilla de Vilma.

La joven soltó un gemido y cayó desvanecida en el suelo.

—¡Veneno...! ¿Quién ha hablado de veneno...? —gritó Bobby.

Tom señaló a Frank Bros.

—Él fue, jefe... Quiso ocupar su sillón, su «Cadillac» y su rubia...

Las tres venillas de siempre se hincharon en la frente de Bobby.

—Frank, te voy a arrancar la piel aunque sea lo último que haga en esta vida.

—¿Pero es que lo vas a creer, jefe...?

—¡Aire...! ¡Háganme aire...! —ordenó Bobby.

Kenneth sacó un diario del bolsillo y se puso a abanicar al jefe.

Vilma arrimó su cabeza a la de Bobby para recibir también un poco del aire que necesitaba.

Frank, para congraciarse, también se puso a abanicar a los dos con la mano.

—Eso —dijo Sutton—. Y ahora que el jefe coja una pulmonía.

Frank hizo rechinar los dientes.

—Oye, Bill, cierra el pico de una vez... Tú serás todo lo asesino que quieras... Pero aquí están Morris y Kenneth y, a una orden mía, te curarán la apendicitis...

—Eh, Bobby, ¿lo oye...? —dijo Clint.

—Sí, muchacho.

—Su lugarteniente me ha tomado ojeriza, y eso yo no lo puedo soportar. De modo que, será mejor que le pare los pies... Joe y yo vinimos a Nueva York para ganarnos honradamente la vida con nuestra pistola... Usted nos contrató y ahora ha pasado lo del envenenamiento. Apuesto a que una de las personas que está aquí usó el arsénico, y lo que Joe y yo queremos, es descubrirlo.

Bobby soltó un rugido e instantáneamente Frank Morris y Kenneth dejaron de abanicarle.

—Tienes razón, Bill. Ya lo había olvidado... Alguien ha querido liquidarme... ¿Quién de vosotros es el traidor...?

Se hizo un silencio.

Las personas que estaban allí habían contenido hasta la respiración.

Bobby soltó otro rugido.

—¡Maldita sea...! ¿Es que no me habéis oído...? Quiero conocer al tipo que es capaz de apuñalarme por la espalda... ¡Pandilla de desagradecidos...! ¡Todo lo que sois me lo debéis a mí!

Señaló a un gordito con ojos de búho.

—Tú eres Gary *Currie*, considerado el rey de la leche... Pero anda, contéstame, ¿a quién le debes esa corona, el ser hoy dueño de treinta vaquerías en el Estado de Nueva York...?

—A ti, Bobby...

—Tú, Wilson —señaló a un tipo de cabello rojizo y nariz pecosa—. ¿Quién ha hecho posible que tú seas el propietario de un centenar de salas de billar y otros juegos en Nueva York y otras ciudades...?

—Tú, Bobby...

—¿Y tú, O'Hara...? Tú me debes todavía más que los otros... Porque te salvé la vida hace tres años, cuando te saqué de la silla eléctrica en aquel caso de asesinato, Y encima de eso te he hecho gerente de todos mis clubs nocturnos.

—Bobby, yo te estoy muy agradecido...

—Y lo demuestras envenenándome...

—No, Bobby, yo no he sido...

—Así, nadie me envenenó... Pero lo cierto es que me he tragado una ración de arsénico —se interrumpió desorbitando los ojos—. Ya sé, ahora vais a decirme que he intentado suicidarme... Es eso, ¿verdad...?

En aquel momento entró un hombre de bata blanca. Frank Bros dijo:

—Bobby, éste es el doctor que te ha asistido, Robert March.

—Gracias, doctor March. Sigo viviendo por usted, ¿no es eso...?

—Sí. De haber tardado un poco más en traerlo, no lo hubiera podido contar...

—¿Puedo marcharme a casa...?

—Convendría que se quedase usted en observación, al menos hasta mañana.

—Lo siento, doctor, pero preferiría marcharme a casa... Tengo mi propio médico. Si usted quiere darme sus instrucciones, las seguiré al pie de la letra. Naturalmente, pienso pagarle bien... Frank, extiéndele un cheque por cinco mil dólares...

—Es demasiado dinero, señor Herbert... —dijo el doctor.

—¿Demasiado dinero por la vida de Bobby Herbert? Oh, no, doctor March... Le aseguro que valgo un poco más... Y ya basta de cháchara... Quiero marcharme a casa...

Fuera de la habitación, Tom fumaba un cigarrillo, cuando se le acercaron dos hombres.

Uno de los tipos era alto, fornido, de ojos hundidos, y el otro más bajo, de bigote espeso y nariz chata.

—Oiga, amigo —habló Ojos Hundidos—. ¿Es ahí, en esa habitación, dónde está Bobby Herbert...?

—Seguro, compañero... Ustedes deben ser periodistas.

—¿Cómo lo supo?

—Se les nota enseguida...

—Venimos por información...

—Lo siento, pero el señor Herbert está muy irritado y no querrá hablar con ustedes.

—Podemos esperar algún tiempo. Entretanto, nos gustaría hablar con un tipo llamado Joe Cadáveres...

—Tienen ustedes suerte... Yo soy Joe Cadáveres...

—No me diga.

—Sí, señor. Aunque le parezca increíble, soy yo en carne y hueso...

Los dos hombres se miraron y, entonces, Ojos Hundidos dijo pasando su brazo por la espalda de Tom:

—Oiga, Joe. Se puede ganar usted cien machacantes.

—¿De veras...? Qué bueno... ¿Qué tengo que hacer...? Ya comprendo, quieren que me cargue al director de su diario porque no les sube el sueldo... Lo siento, amigo, pero no hago trabajos extras cuando estoy contratado...

—No, amigo, nosotros sólo queremos que nos cuente lo que vio en ese banquete.

—¿Nada más?

—Nada más, y se habrá ganado los cien dólares.

—Está bien. Se lo diré.

—Pero no aquí... ¿No habrá una habitación dónde podamos estar solos?

—Hace un momento he visto que se desocupaba la del 112.

—Magnífico... Vamos allí.

Entraron en la habitación 112 donde, efectivamente, no había

nadie.

El tipo fornido corrió el pasador.

—Es para que nadie nos moleste, amigo Joe —dijo.

Tom se frotó las manos pensando en los cien dólares que iba a cobrar.

Él y Clint habían entrado con buen pie en aquel negocio. Todo eran ganancias.

—Bueno, ya pueden preparar la pluma —dijo.

—Oh, sí, la pluma —dijo Ojos Hundidos.

Metió la mano en el bolsillo en el interior de su chaqueta y sacó una pistola. Del otro bolsillo sacó un silenciador que adosó rápidamente demostrando mucha eficiencia.

—Eh, ¿qué es eso? —Tom hizo un gallo con la voz.

—Una nueva pluma estilográfica que ha salido al mercado hace poco. Es la que yo utilizo para firmar mis trabajos... A propósito. Todavía no le dije mi nombre... Es Joe Cadáveres.

Tom quedó tan rígido como una estatua.

—¿Ha dicho Joe... Cadáveres?

—Sí.

—Caramba... se llama igual que yo... Es de mi misma talla y corpulencia. Infiernos, es como para no creerlo... Para que luego digan que el mundo no es un pañuelo...

—No me gusta que me suplanten, amigo... Es algo que me pone nervioso. Una vez lo hizo alguien en una ciudad de Oregón, y eso me obligó a hacer un viaje de mil millas para verle la cara.

—¿Se la vio...?

—Sólo por dos segundos. Porque, después, su rostro se convirtió en algo espantoso. Fue allí donde le metí la bala. —Joe hizo una pausa y agregó con voz ronca—: Justo lo que le va a pasar a usted ahora, compañero. Se va a quedar sin cara...

CAPÍTULO VI

—¡No puede hacer eso conmigo! —gritó Tom.

—Dígame una razón para que no le envíe un obús a las narizotas.

—Suplanté su personalidad por la fuerza de las circunstancias.

—Lo mismo dijo el tipo de Oregón.

—Bobby Herbert nos contrató para defender su vida... Ya sabe, como guardaespaldas...

—Sí, ya sé que tiene un compañero y que él se hizo pasar por Bill el Asesino... Pero ahora usted va a saber una cosa que le va a dar mucha risa.

Tom sonrió ya.

—Un chiste nuevo, ¿verdad...? ¿Lo ven...? Ya me estoy partiendo de risa y todavía no le escuché...

—Justamente, a nosotros nos contrataron para hacer lo contrario que ustedes.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

—Nos contrataron para cargarnos a Bobby Herbert...

Tom maldijo por haber comido tanto. No debía haber cargado el estómago... Ahora estaba pasando un mal rato.

—Oigan, muchachos... Todo se puede solucionar en esta vida.

—¿Tú crees...?

—Mi amigo y yo nos largamos y ustedes hacen su trabajito de pluma... Eso es lo justo... Al fin y al cabo, Bobby Herbert nos importa un pimiento.

—Demasiado tarde para arrepentirse, compañero.

Tom vio aterrorizado cómo el auténtico Joe Cadáveres arqueaba el dedo en el gatillo.

En aquel momento intentaron abrir la puerta desde el corredor.

—Eh, ¿quién hay ahí...? —preguntó una voz de mujer.

—¿Qué ocurre, señorita? —preguntó el genuino Bill.

—Tengo que arreglar la habitación...

—Vuelva en otro momento.

—¿Pero cómo están ustedes ahí...? Esa habitación está desocupada...

—Somos los muchachos de la salubridad... Estamos desratizando el cuarto.

—Cielos... ¿Hay ratones ahí...?

—El último paciente se quejó de que había visto uno con bigotes.

Tom sintió deseos de decir a gritos a la mujer cuál era su situación, pero Joe Cadáveres no dejaba de apuntarle con la pistola a la barriga.

Si al menos aquella mujer insistiese en abrir la puerta y entrar en la habitación...

Pero ya se habría marchado porque no se oía.

Joe le dirigió una sonrisa.

—Creías que te ibas a escapar, ¿eh...?

—Sí, señor... Digo, no, señor...

—Qué feo vas a quedar...

—Pero si ya soy feo... No necesito una bala.

—Me das penas, muchacho... ¿Cómo se te ocurrió compararte conmigo...? Eres un pequeño gusano...

—Sí, señor... Soy un gusano...

Joe soltó una carcajada.

—Eh, Bill, mira al tipo cómo se humilla... Estoy seguro de que, si le digo que repté por el suelo, es capaz de hacerlo...

—Seguro, Joe —dijo Tom—. Me tenderé en el suelo y me moveré como un gusano.

—A ver qué tal lo haces...

Tom puso las palmas de las manos en el piso y embistió a Joe Cadáveres.

Tuvo éxito. Atrapó a Joe por el estómago, y lo volteó.

Y luego, sin darse descanso, disparó el puño a la cara de Bill el Asesino.

—Apártate, Bill —dijo Joe desde el suelo—. Lo voy a freír...

Tom ya había corrido el pasador. Abrió la puerta y salió disparado de la habitación.

Se dirigió hacia la 116. Abrió y se coló dentro.

Provocó una catástrofe.

A Bobby lo llevaban entre cuatro y todos se vinieron abajo.

Por un momento, reinó una terrible confusión de piernas y brazos y por entre ellos brotaba la voz de Bobby:

—¡Otro intento de asesinato...! ¡Otro intento de asesinato...!
¡Juro que los mataré a todos!

El guardaespaldas Kenneth no supo qué hacer y se puso a cantar:
«Por ser tan gran muchacho...»

El primero que salió de entre aquel amasijo humano fue Tom, quien atrapó a su amigo Clint que estaba junto a la puerta.

—Vámonos de aquí, muchacho... Cuestión de vida o muerte.

Sutton fue a dirigirse hacia la puerta con su amigo, pero Tom lo detuvo.

—No, por ahí, no. Nos atraparán... Por la ventana.

—Es un octavo piso...

—Por el techo...

—No hay claraboya.

—Pide un pico y una pala y hagamos un agujero.

—Tranquilízate, Joe...

Bobby Herbert se levantó furioso desparrramando tipos por ambos lados.

—Hoy me voy a comer el hígado de alguien...

—Que se cree usted eso, señor Herbert... —repuso Tom muy excitado—. Tal como están las cosas, usted no llega a la noche.

—¿De qué hablas, animal...?

—De Bill, de Joe... Quiero decir de nosotros... Si no estamos a su lado, un fulano le va a meter una bala en la cara y lo va a dejar más feo que el tipo de Oregón...

—Eh, Joe... ¿Es que te has vuelto loco...?

—Sí, señor... Estoy loco. Avise rápido al psiquiatra... que me ponga la camisa de fuerza... Y, de paso, hará bien en pedirle una para usted...

Clint atrapó por el cogote a su amigo y lo sacó de la habitación diciendo:

—Perdónelo, señor Herbert... Está un poco excitado porque recibió una carta de su suegra diciéndole que pasará las próximas Navidades con él... Necesita reponerse un poco...

—Pues que lo haga pronto, o juro que le doy la licencia... Y

cuando yo doy una licencia, es para el cementerio.

Clint y Tom salieron de la habitación y se encaminaron justamente en la dirección donde se ubicaba la habitación 112.

Tom se detuvo de repente al ver el número 112.

—¡Allí...! ¡Ahí están...!

Sutton miró la puerta.

—¿A qué te refieres, Tom...?

—A ellos... A Bill el Asesino y Joe Cadáveres.

—Somos nosotros.

—Éramos...

—Tom, sólo estás diciendo tonterías...

—Te lo juro, Clint, me llevaron ahí dentro... Los auténticos... Sí, señor. Los verdaderos Bill el Asesino y Joe Cadáveres... Quisieron liquidarme... Joe Cadáveres sacó su pluma... Me quería manchar la cara...

—Te la habría puesto negra...

—Oh, no, Clint... Él dijo que era una pluma, pero era una pistola con silenciador.

—Está bien, vamos a ir a hablar con ellos.

—¿Te has vuelto loco...? ¿Qué estamos haciendo aquí...? Deberíamos haber sacado chispas con nuestros pies.

A pesar de ello, Clint abrió la puerta del número 112.

Dentro no había nadie.

—¿Lo ves, Tom...? La habitación está vacía. Ni rastro de Bill el Asesino y Joe Cadáveres.

Tom entró poco a poco para cerciorarse de que la pareja de asesinos no se encontraba ya allí.

—Crees que ha sido un sueño, ¿eh, Clint...?

—Estás muy impresionado con todo lo que está pasando, y admito que no es para menos. Usurpamos la identidad de dos asesinos profesionales. Han intentado matar a Bobby Herbert.

—Te digo que fueron dos seres reales, como tú y como yo... Clint, tienes que creerme. Eran Joe Cadáveres y Bill el Asesino en persona... Demonio, si lo llego a saber les pido un autógrafo.

—Muchacho, hemos de marcharnos.

—¿Adónde?

—A casa de Bobby...

—No, Clint, por lo que más quieras... Bobby no tiene salvación.

Lo matarán... Fue lo que me dijeron Joe Cadáveres y Bill el Asesino.

—¿Qué te dijeron?

—Que habían sido contratados para liquidar a Bobby...

—¿Por quién?

—Eso no me lo aclararon.

—Estupendo, Tom.

—¿Tú crees que es estupendo...?

—Ahora se ha complicado más el lío y, por lo tanto, está más interesante para nosotros.

—No lo está para mí. Soy un hombre de costumbres simples, y quisiera morir con mucha tranquilidad...

—Claro, muchacho, tú morirás en la cama.

—Cosido al colchón por las balas de Joe Cadáveres...

—No, hombre, en la cama rodeado por tus nietos... ¿Te imaginas la escena...? Tú, con tu barba blanca, después de haber tenido una vida feliz, con la familia alrededor...

La cara de Tom se transfiguró.

—¡Qué hermoso...! Mi tío Jonás murió así, poco después de lo de la coz... Él también estaba rodeado de todos sus nietos... Tenías que haberlo visto diciendo: «Soy Napoleón... soy Napoleón...»

—Vamos, muchacho, se nos hace tarde...

Salieron de la habitación y casi se dieron de bruces con el teniente Dewey Tamblyn.

—¿Qué hacen ustedes aquí? Me he cruzado con su jefe en el vestíbulo...

—Nos quedamos para cubrirle la retirada, Bobby pensó que el FBI podía tenderle una trampa... Ya sabe... algún explosivo, alguna bomba...

El teniente del FBI enseñó la dentadura.

—Ahora ya no ponemos bombas... Mordemos a nuestros enemigos, como los cocodrilos, y si los atrapamos bien, los partimos por la mitad.

—Debe ir al dentista, teniente, tiene dos muelas cariadas.

—He recibido informes de ustedes y no me gustan nada... Hace dos días fueron localizados en Cleveland... Y justamente en Cleveland fue muerto un antiguo gánster que ya estaba retirado y que ahora regentaba una estación de servicio.

—Pura coincidencia, teniente.

—Espere un momento, Bill —dijo el del FBI.

—¿Qué pasa ahora...?

—Deje en paz a la señorita Leyla Dalton... Esa chica no es para usted.

—Ya entiendo. Ella le dijo que se enamoró de mí... y usted tiene celos...

—No sea estúpido... ¿Cómo se va a enamorar una mujer como Leyla de un tipo como usted? Ella sólo dijo que usted era agradable, simpático, alto, que de sus ojos emanaba cierto magnetismo, y que le había resultado gracioso el hoyuelo que se le forma cuando se ríe... Sólo eso...

—¿Sabe lo que dije yo de ella, teniente?

—¿Qué cosa...?

—Que era estupenda, hermosa, bonita, jovial, atractiva y seductora...

—No la toque, Bill, no la toque o sabrá quién es el FBI.

—Ya lo sé. Oficina Federal de Investigación.

—Fue un chiste muy malo. No me río...

—Hasta la vista teniente...

Cuando los dos socios llegaron al vestíbulo encontraron a Frank Bros que los estaba esperando.

—¿Por qué os habéis retrasado...?

—El chico del FBI nos entretuvo.

—¿Qué quería saber...?

—Nos quiso cargar todos los crímenes que se cometieron en el país durante los dos últimos días... El tipo es muy exagerado. Nosotros sólo hicimos un par de trabajos...

—Vamos, ya perdimos demasiado tiempo... El jefe se marchó en su coche.

Viajaron en el auto de Frank Bros. Clint y Tom ocupaban el asiento trasero con Frank en medio. Delante estaba el conductor y otro tipo mal encarado.

Frank miró a Tom y luego a Clint. Tabaleó con los dedos sobre su rodilla.

—¿Por qué no desembucha Frank? —dijo Clint.

—¿Qué te hace suponer que quiero hablar?

—Tengo experiencia... Son muchos años dándole al gatillo.

—Está bien. Hablaré... Bobby os ha contratado a razón de dos

mil dólares mensuales por cabeza...

—Eso es verdad.

—Yo os pagaré diez mil.

—Por mes...

—No seas idiota Bill... Diez mil por hacer un trabajo y luego os convertís en humo...

—¿A quién hay que matar...?

—A Bobby Herbert...

—De modo que yo tenía razón. Tú lo envenenaste.

—No, no lo hice, aunque admito que estoy deseando que muera...

—¿Por qué razón quieres que muera?

—Vilma y yo nos amamos... Vamos a casarnos pero no podremos hacerlo nunca mientras Bobby esté vivo...

—Tú no matarías a Herbert sólo por amor... Hay algo más, ¿eh...?

—Está bien. Si él desaparece, yo tendré muchas posibilidades de que me elijan como jefe.

—No está mal el programa.

Tom intervino.

—No podemos aceptar.

—¿Por qué no? —preguntó Frank Bros.

—Porque ya tenemos un patrón... El propio Bobby.

—Yo os ofrezco diez mil dólares de una sola sentada... Y siempre he oído decir que preferís esta clase de trabajo a contrataros a largo plazo... Lo vuestro es llegar a una ciudad, liquidar a un tipo y largaros...

Sutton intervino otra vez.

—Lo que nos pides es muy peligroso.

—No lo es más que cualquier otro trabajo que os hayan encargado.

—Te equivocas. Esta vez es Bobby Herbert, uno de los hombres más poderosos del país... Si nosotros le matamos, tendremos que estar huyendo el resto de nuestra vida... Pondrán precio a nuestras cabezas y seguro que será vuestra propia organización quien ofrezca la recompensa.

—Yo me encargo de que todo sea como una balsa de aceite... Nadie os perseguirá...

—Tendremos que pensarlo...

—No podéis demorarlo... Ha de hacerse esta noche... Vosotros vais a estar en casa de Bobby como guardaespaldas. Habrá algún momento en que os será fácil introducirlos en la habitación de Bobby y darle el pasaporte.

—Quizá sí. Pero bien, ten en cuenta que están Kenneth y Morris. Ellos no se apartarán de la cama del jefe... Siguen gozando de la confianza de Herbert...

—Sí, es posible que estén allí. Pero quizá tengan un descuido si lo organizáis bien... Eso es cuenta vuestra.

Tom saltó otra vez.

—La respuesta es no.

—La respuesta es sí —dijo Sutton, y enseguida agregó—: Por quince mil dólares...

—Trato hecho —convino Frank.

—Quiero todo el dinero ahora.

—Será la mitad...

—Todo ahora... Trabajamos así. En cuanto liquidemos a Bobby, nos largamos. No podemos entretenernos en cobrar.

—Norman —dijo Frank al conductor—. Llévanos al club nocturno.

Poco después llegaron a un club nocturno llamado Miami.

—Tomad un trago mientras reúno el dinero —dijo Frank.

Clint y Tom quedaron a solas en el mostrador del bar.

—Clint, ¿qué es lo que has hecho...? ¿Por qué has aceptado la oferta de Frank?

—Nos conviene.

—¿Es que vamos a matar a Bobby...?

—Claro que no...

—Si no cumplimos nuestra palabra, Bros acabara con nosotros.

—Frank dijo la verdad. Él no envenenó a Bobby. Por lo tanto es otra persona. Por si fuera poco, tú has visto a los verdaderos Joe Cadáveres y Bill el Asesino. También ellos fueron contratados para asesinar a Bobby, y para que el jaleo esté completo, tenemos un cliente, el doctor Freeman, que está esperando el cadáver de éste.

—Clint, nos conviene marcharnos una temporada a Alaska...

—Ahora hace allí demasiado frío...

—Y aquí demasiado calor.

—Pero estaremos más seguros.

—No te quejes. Recibimos dos mil quinientos dólares del doctor Freeman, nos contrató Bobby Herbert por dos mil dólares al mes, y ahora Frank Bros nos va a pagar quince mil dólares... Nunca tuvimos tanto dinero.

—Sí. ¿Pero a qué precio? El muchacho del FBI nos amenaza con llevarnos a la silla eléctrica. Joe Cadáveres y Bill el Asesino nos matarán en cuanto nos pongan la vista encima, y Frank Bros nos echará sus perros cuando sepa que lo hemos engañado...

—Todo se puede arreglar.

—Oh, sí, con un entierro de tercera categoría.

—Bebe tu *whisky*. Es gratis. Te sentirás mejor.

Frank llegó junto a ellos y se tocó el costado derecho.

—Ya tengo los quince mil dólares... Nos podemos marchar.

Volvieron al auto y reemprendieron el camino hacia la casa de Bobby Herbert.

Frank Bros sacó tres fajos de billetes con sus correspondientes gomitas, cada uno de los cuales sumaba cinco mil dólares...

Clint se hizo cargo de los tres fajos y entonces Bros dijo:

—Recordadlo, muchachos... Herbert no puede ver la luz del nuevo día.

—Seguro, Frank —repuso Clint haciendo una mueca como un verdadero asesino.

—Y una advertencia... Vosotros sois muy grandes, pero no consentiré un fallo...

Tom se arrugó en el asiento.

Pero Clint se puso a silbar «Por ser tan gran muchacho».

CAPÍTULO VII

—Querido, bebe este vaso de leche —dijo la rubia Vilma.

Bobby ocupaba una cama que había comprado por quince mil dólares en una subasta. En ella había dormido Jorge Washington.

Ahora éste miró el vaso de leche que Vilma le alargaba.

—¿Cuánto veneno le has puesto esta vez, nena?

—Bobby, ¿cómo puedes decir eso...?

—¡Lo digo porque yo soy el amo...!

—¿Pero cómo voy a darle yo veneno a mi oso?

—Para quedarte con mi piel...

—Si me regalaste un abrigo de visón que es lo que a mí me gusta...

—Kenneth —dijo Bobby.

—A la orden jefe. —Tosió el macilento guardaespaldas.

—Bebe un trago de veneno digo de leche...

—¿Yo jefe...?

—Sí tú... Quiero saber si me han traicionado de nuevo.

—¿Y cómo lo sabrá jefe...?

—Si tiene veneno, empezarás a pegar coletazos como las lagartijas...

—Pero, jefe, yo tengo una familia...

—No te preocupes. Si mueres, los indemnizaré... ¡Condenación, no tengo que darte explicaciones...! Estás a mis órdenes y yo te mando que pruebes esa leche.

Kenneth desorbitó los ojos, pero finalmente tomó el vaso.

Bebió un sorbo y chascó la lengua.

—¿A qué sabe? —preguntó Bobby.

—A leche...

—¿Nada más...?

—Sólo a eso, jefe... Se lo juro.

—¿No notas nada raro en el estómago...?

—No, señor...

Bobby tomó el vaso y bebió su contenido. Luego dijo apoyando la cabeza en la almohada:

—Necesito paz... ¡Qué bien se está en casa!

En ese momento se oyó una fuerte explosión.

Las paredes se estremecieron y la lámpara se puso a dar vueltas.

—¿Qué ha sido eso...? —gritó Bobby.

Kenneth y Morris corrían ya hacia la puerta con las pistolas en la mano.

Kenneth fue el que se asomó y dio un respingo.

—¿Qué es lo que pasa, Kenneth? —preguntó Bobby.

—Aquí, en el pasillo. Hay trozos de un criado... Debe ser Bautista porque hay pegada en la pared una patilla...

—¿Pero qué le ha pasado?

—Está claro, jefe... Traía una bomba y explotó... Aquí viene Stewart...

Apareció un criado dando chillidos.

—¡Serénate, Stewart! —chilló más fuerte Bobby—. ¿Qué es lo que ha sucedido...?

—Llegó un mensajero con un paquete... Se lo dio a Bautista... El que lo trajo dijo que era muy urgente que le entregaran el paquete a usted... Y Bautista vino a traérselo...

—Lo que le dije, jefe —repuso Kenneth—. Era una bomba de relojería... Se libró de buena porque explotó antes de tiempo...

Los ojos de Bobby se pusieron a bizquear, hizo un esfuerzo y logró ponerlos bien.

—¿Quién ha sido el que me ha mandado ese paquete...? ¡Contesta, Stewart!

—No lo sé, señor, y el mensajero ya se fue...

—Lárgate, maldita sea, y si viene alguien con otro paquete, que se lo lleve a su abuela. ¿Lo oyes, Stewart...?

—Sí, señor.

El criado casi tropezó con Clint Sutton, Tom Dike y Frank Bros que llegaban en ese momento.

—¿Dónde estabas, Frank? —bramó Bobby.

—Llegábamos a la casa cuando oímos una fuerte explosión.

—Otra vez han intentado matarme.

—No es posible, jefe...

—¡Te digo que han intentado asesinarme...! Me enviaron una bomba... Querían que saliese por los aires...

—Si encuentro al que lo quiere liquidar, juro que haré un sonajero con sus dientes...

—Eso no me sirve a mí de nada. Lo que yo necesito es que me protejan...

—Pero, jefe, tiene mucha protección.

—¿Dónde está...? Intentaron envenenarme en el banquete, ahora me han traído una bomba... Y si no fuese porque Bautista me ha hecho el favor de explotar por mí, ¿qué habría pasado con Bobby Herbert...?

—Jefe, tienes a Kenneth, a Morris. Y por añadidura ahora están aquí los tipos que nunca fallan. Bill el Asesino y Joe Cadáveres, dos pistoleros profesionales como no hay otros, y que están dispuestos a cumplir como los buenos...

—¡No me basta...!

—No irás a pedir que entre a todos los muchachos. No cabrían. Son más de doscientos...

—No me gustan tus sarcasmos, Frank... Claro que no pueden venir aquí, pues esto parecería la Feria Mundial de Nueva York...

Bobby hizo chascar los dedos.

—Ya di en la diana...

—¿A qué te refieres, Herbert...?

—¡Al FBI! Voy a hacer que me protejan ellos...

—¿Cómo? ¿Es que te has vuelto loco...?

—Frank, no me digas eso, o le ordeno a mi cirujano que te ponga un cerebro de mono...

—¿Pero cómo vas a consentir que el FBI te vigile...?

—Ellos están interesados en mí, ¿no...?

—Pero no en que salves el pellejo...

—¿Quién te lo ha dicho...? Para ellos soy más importante vivo que muerto —sonrió triunfalmente. Es la idea más astuta que se le pueda ocurrir a un ser humano... Frank, quiero hablar inmediatamente con el teniente Dewey Tamblyn...

—Piénsalo un poco mejor.

—Ya está pensado y decidido.

Frank se encogió de hombros y se fue hacia la mesilla de noche, donde descansaba el teléfono.

—¡Bill, Joe...! —gritó Bobby—. Quiero que montéis guardia en el vestíbulo... Vigilaréis la entrada. No dejaréis entrar a nadie en la casa sin comprobar su identidad... No quiero un solo error, ¿queda eso claro...?

—Sí, Bobby —dijo Clint.

Los dos socios salieron de la habitación.

Bajaron por la escalera y cuando llegaron al vestíbulo, Tom dio un suspiro.

—Hemos tenido suerte de que nos hayan enviado aquí. De esa forma, Frank tendrá que conformarse, porque no tendremos oportunidad de matar a Bobby.

—Quédate aquí, Tom... Voy a la biblioteca. Tengo que hacer una llamada...

—No quiero quedarme solo aquí. Esta casa me da miedo... Me da la impresión de que de un momento a otro va a salir Drácula.

—Drácula no existe...

—Eh, Clint, mira esas armaduras que hay al pie de la escalera.

—¿Qué pasa con ellas? Son armaduras del siglo XVI.

—Apuesto a que en cada una de ellas hay un muerto... Siempre ocurre eso en las películas.

—Pero esto no es una película... Es la vida real. Tranquilízate, Tom, o acabarás viendo también el monstruo de Frankenstein...

Clint entró en la biblioteca.

Las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de libros. Al fondo, había una mesa estilo renacimiento y, tras ella, un retrato al óleo de Bobby Herbert.

Descolgó el auricular y marcó el número del doctor Freeman.

—¿Quién llama? —Oyó la voz de su cliente.

—Doctor, falló de nuevo.

—¿Qué?

—La bomba no dio resultado.

—No sé de qué me habla...

—Explotó antes de tiempo y echó a perder un criado.

—No sé de qué bomba me habla...

—De la que usted envió a Bobby.

—Yo no he mandado ninguna bomba a nadie...

—Vamos doctor no sea tan modesto...

—Señor Sutton, me duele mucho que no se fíe de mi palabra...

—¿Por qué contrató a esos dos matones...? Y no me pregunte a qué dos matones me refiero... Son Bill el Asesino y Joe Cadáveres...

—Tampoco sé nada de eso...

—Ya lo suponía.

—Señor Sutton, ¿cuándo me lo van a traer...?

—Tendrá que esperar un poco... Además, ahora va a resultar un poco más difícil...

—¿Qué pasa?

—El señor Herbert ha pedido la protección del FBI.

—Oh, no...

—¡Qué mala suerte para usted! ¿Verdad doctor Freeman...?

—Sin embargo, habrá una oportunidad.

—Claro. La esperanza nunca se pierde... No han conseguido acabar con Bobby con el veneno ni con la bomba, pero hay otros muchos medios...

—Sí, señor Sutton.

—Un ruego, doctor... Si van a echar gases asfixiantes, háganos llegar un par de máscaras...

—Le deseo suerte, señor Sutton —contestó el doctor Freeman y colgó.

Clint también dejó el auricular en la horquilla.

Vio en una bandeja un frasco de cristal que contenía *whisky*. Se escanció en un vaso y se sentó en un sillón.

Mientras paladeaba el *whisky*, se puso a pensar en todo lo que estaba pasando alrededor de Herbert.

Fuera de la biblioteca, en el vestíbulo, Tom continuaba solo.

De vez en cuando, miraba las armaduras al pie de la escalera.

Les tenía miedo y la mejor forma de perderlo era asegurarse de que dentro de las armaduras no había ningún ser humano.

Claro que no podía haberlo. Estaba viviendo la vida real, y aquello solo pasaba en las películas...

Echó a andar y se detuvo ante una de las armaduras.

Golpeó con los nudillos en el pecho arrancando un sonido metálico.

Sonrió. No había nadie.

Por fin, se decidió a levantar el yelmo.

Dentro había una cara de ojos hundidos.

Tom se quedó tan rígido como la armadura.

El hombre que estaba enlatado era Joe Cadáveres.

Tom quiso lanzar un grito pero las cuerdas vocales se le habían paralizado.

Consiguió dar media vuelta y echó a correr. Entró en la biblioteca como una exhalación.

Clint se levantó de un salto del sillón.

—¿Qué te pasa Tom...?

Éste se puso a bailotear. Quiso hablar pero le continuaba la parálisis.

Señaló la puerta hacia el vestíbulo.

Clint le palmeó la cara.

—Ya sé Tom... Te sugestionaste y por fin viste al monstruo de Frankenstein.

Tom contestó con un movimiento negativo de la cabeza.

—A Drácula...

Tom negó otra vez.

—No me digas que viste a Jane Mansfield en bikini.

—A Joe...

—Su nuevo marido...

—A Joe Cadáveres... en la armadura...

—Y duro. Le has tomado manía a ese cacharro...

—Te lo juro Clint. Está allí.

—Está bien. Vamos a verlo.

—Saca la pistola Clint.

—Pero Tom si no tenemos armas.

—Entonces será mejor que nos quedemos.

Sin embargo Sutton salió de la biblioteca. Tom se decidió a ir con él.

Clint se detuvo ante la armadura a la que Tom no había levantado el yelmo. Ahora lo alzó él. Dentro no había nadie.

—¿Lo ves Tom...? Está vacía como debe estar.

—No fue esa... ¡La otra!

Sutton se armó de paciencia y se acercó a la otra. Le levantó también el yelmo.

La armadura estaba también vacía.

—¿Dónde quieres que mire ahora? ¿Debajo de la alfombra...?

—¡Te digo que estaba ahí...!

—Si continuas así voy a tener que meterte en un sanatorio de

reposo.

—Ahora, muchacho... méteme ahora... y harás bien en pedir otra cama para ti...

En aquel momento sonó el carillón de la puerta. Tom dio un salto y gritó:

—Ya están ahí otra vez.

Un criado, Stewart, acudió a abrir.

En la casa entraron Leyla Dalton, el teniente Dewey Tamblyn y un hombre que mediría dos metros, muy delgado.

—Caramba —exclamó Sutton saliendo al encuentro de los recién llegados—. La bella y la bestia...

—Eh, Bill, no lo consiento... —empezó a decir Dewey.

—No sea quisquilloso, teniente. Sólo estaba requebrando a Leyla...

—¿Dónde está Bobby...?

—Arriba, en su dormitorio... Suba con su compinche... Bobby los está esperando... Yo me quedo con la chica.

—Le advertí que no la tocara.

La joven intervino:

—Dewey, nadie me va a comer...

—Es lo que yo dudo... Este tipo tiene los dientes demasiado largos.

—Sé defenderme...

—Sí, ya lo sé, pero si te acorrala, da un grito y acudiré en tu ayuda.

Clint se frotó las manos.

—No harán falta los gritos, teniente.

Dewey Tamblyn hizo una señal a su larguirucho acompañante y los dos subieron por la escalera.

Tom se había dejado caer en una silla del vestíbulo.

—Se me está ocurriendo una idea —dijo—. ¿Por qué no pedimos nosotros también la protección del FBI?

Leyla sonrió con sarcasmo.

—Sería muy divertido que dos pistoleros como ustedes empezasen a tener miedo...

—Yo siento pánico —exclamó Tom—. Y no me duele reconocerlo.

Clint tomó por el brazo a Leyla.

—Vamos a la biblioteca... Estaremos más tranquilos... Joe, ten los ojos bien abiertos y deja en paz a las armaduras...

—No me las nombres, Bill, por lo que más quieras...

Mientras iban a la biblioteca, Leyla preguntó:

—¿Qué le pasa a su amigo...?

—Está muy afectado.

—Comprendo. Hoy todavía no mataron a nadie...

—Sí, querida... Es nuestro día de mala suerte... Menos mal que hay cosas que compensan... Por ejemplo, yo la tengo a usted.

Entraron en la biblioteca y ella se volvió hacia él.

—No lo entiendo...

—¿Qué es lo que no comprende...?

—Hablando con usted, no parece que sea un asesino...

—Es la máscara, nena... Uno necesita volverse así para ganarse la vida retirando a la gente de la circulación.

—A veces creo que habla en broma.

—¿Quiere que le hable en serio...?

—Inténtelo.

—Es usted maravillosa... Siempre soñé encontrar a una mujer como usted... Me costó mucho trabajo hallarla y ya la tengo ante mí... Me gusta su perfume, el color de sus ojos y hasta la forma de sus zapatos...

—¿Qué más?

—La vida es muy corta y la noche muy larga...

Clint la tomó por la cintura, dio un tirón y la besó en la boca.

Después de diez segundos, Clint la soltó y ella dijo:

—Es cierto, el beso ha sido muy corto.

Clint la besó otra vez, pero Leyla se soltó pegando un grito.

—¿Qué estoy haciendo?

—Representábamos una escena amorosa y no lo hacíamos del todo mal...

—¿Usted y yo...? ¡Imposible...!

—¿Por qué imposible...?

—Yo soy una chica decente, y usted un asesino profesional...

—Lo cual demuestra que el amor salva todas las barreras.

—Me ha hipnotizado por unos instantes, pero ahora vuelvo a ser yo misma...

—Y antes era su tía Carolina, ¿eh...?

—Antes sólo era una pobre muchacha a punto de caer en el abismo...

—Qué lástima, un empujoncito más y habríamos caído juntos...

—Pero se ha impuesto el cerebro...

—El cerebro... ¡qué palabra más fea...!

—Usted dijo que todo lo mío era bello. ¿Ahora me va a sacar faltas...?

—Leyla, estoy loco por usted...

—Demuéstrelo...

—Deme un poco de tiempo. Mañana subiré a la estatua de la Libertad y cantaré el aria del Barbero de Sevilla.

—Si me quiere, se entregará...

—Ya le he entregado mi corazón...

—Quiero decir a la policía.

—Eso no puedo hacerlo nunca.

—No puedo creer que usted haya matado a una sola persona... Debe ser cosa de su amigo... Su cara es la del criminal nato...

—Hay que ver a lo que conducen las malas compañías.

—Pero todavía está a punto de volver a empezar...

—Sí. En la otra vida... Porque, si Bill el Asesino se presenta a la policía y descarga su conciencia, le caerán por lo menos setenta penas de muerte...

—Oh, Bill... es terrible...

—Sólo hay una solución.

—¿Cuál?

—La fuga... Cuando haya terminado aquí mi trabajo, nos marcharemos tú y yo...

—Mil veces no...

De pronto se oyó un aullido fuera.

—¿Qué es eso? —preguntó Leyla asustada.

—No le hagas caso... Es Joe. Debe haber visto algún marciano... Se pasa toda la noche viendo cosas raras.

Se oyeron pasos precipitados y Tom entró en la estancia con el impulso de un obús.

Derribó una silla y cayó al suelo. Al fin quedó de rodillas y dijo:

—¡El criado...! ¡Lo ensartaron como a una mariposa...!

—¿Dónde, Joe...?

—En la cocina... Fui a tomar un bocadillo... Abrí el frigorífico y

allí está él...

—Bueno, debe ser alguna manía del criado... Cuando siente calor, se mete en él para refrescarse...

—Tiene el punzón del hielo clavado en el cuello.

—Otra manía...

—Esta vez no he visto visiones, Bill...

Leyla lanzó un grito al ver al criado.

Esta vez era cierto. Al criado le habían soltado una estocada en todo lo alto.

El teniente Dewey Tamblyn y el larguirucho entraron en aquel momento.

Al ver al cadáver, el teniente sonrió.

—Bueno. Por fin los atrapé. Se ha cumplido lo que yo dije...

—Eh, teniente —prosiguió Clint—, no pensará que hemos sido nosotros.

—¿Quién ha sido...?

—Joe Cadáveres —dijo Tom.

—Celebro que confiese... Agente Harris, póngale las esposas...

El larguirucho se acercó a Tom y éste retrocedió hacia la pared.

—No he sido yo... Fue Joe Cadáveres que estaba en la armadura...

—Espere un momento, teniente —dijo Clint.

—¿A qué tenemos que esperar?

—Mi socio es inocente.

—Claro, y usted también...

—Seguro, señor Tamblyn... ¿Qué íbamos a ganar nosotros con matar a un criado...?

—Alguien les pagó para que lo hiciesen... Es su profesión, liquidar mediante un precio...

—Teniente, se avecinan acontecimientos muy graves y mi socio y yo le podemos echar una mano.

—No me diga... Ustedes dos ayudando al FBI. Es el mejor chiste que he oído desde que me dieron la credencial...

—Lo crea o no, estamos muy interesados en las cosas que pasan aquí y las que van a seguir ocurriendo.

—Ustedes fueron contratados por Bobby como guardaespaldas. Por eso asesinaron al criado, porque él estaba vendido a la persona que quiere matarlo a él.

—Le repito que queremos ayudarle, teniente... Denos de plazo hasta el amanecer, y conseguiré un ascenso.

Tamblyn titubeó.

—Está bien, pero no crea que me la van a pegar.

—Nadie intenta engañarle.

—Teniente —dijo el larguirucho Harris—. ¿Qué hacemos con el muerto?

—He llamado a una ambulancia para que se lleven al de arriba. Que aprovechen el viaje y que se carguen al del frigorífico.

—Sí, Harris —asintió Sutton—. Y que la ambulancia siga viniendo cada media hora para que se vayan llevando los muertos.

Dewey enseñó otra vez su dentadura en una sonrisa tan falsa como la de Judas.

—Por favor, Bill. Deje que sea yo el que haga los chistes de cadáveres.

—Concedida la exclusiva, teniente...

—Salgamos de aquí de una vez.

Leyla y los dos socios en Asuntos Varios cruzaron el vestíbulo para ir a la biblioteca.

De pronto, se oyó un alarido. Procedió del piso de arriba.

—¡Es Bobby Herbert! —dijo el teniente Dewey—. ¡Ya se lo han cargado...!

CAPÍTULO VIII

Clint fue el primero en entrar en el dormitorio de Herbert.

La cama de éste estaba vacía. Y tampoco había rastro de los guardaespaldas.

El teniente irrumpió en la estancia.

—Bobby, ¿dónde está...?

—¿Es usted, Dewey? —dijo la voz de Herbert que salía por debajo de la cama.

—Sí, Bobby, soy yo.

El gánster salió a gatas y miro asustado a un lado y otro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dewey.

—Kenneth y Morris me dejaron solo. Oyeron un ruido en la habitación vecina y se fueron... Fue entonces cuando pasó.

—¿Qué es lo que sucedió...?

—Una mano... Me atrapó por el cuello.

—Pero, usted estaba en la cama.

—Sí, allí estaba, pero la mano me salió por detrás... Seguro que era la de Jorge Washington...

Clint se acercó a la cama y palpó la pared con la diestra. Pero no encontró ningún resorte.

—Pura sugestión, Bobby.

—¡Y un cuerno...! Eran unos dedos como garfios... Menos mal que di un tirón a tiempo y me desprendí de la garra.

—No hay nada.

—Porque ya se fue.

—No sabía que fuese usted supersticioso.

—Pues lo soy... Por favor, teniente, ¿qué día es hoy?

—Trece...

—¡No!

—Sí, porque ayer fue doce.

—Maldita sea, ¿dónde ha ido Kenneth, dónde está Morris?

Tom habló con voz lúgubre:

—Seguro que ya llegaron al otro mundo.

—¿Quieres decir que los han matado?

—Sí. Lo mismo que a Stewart.

—¿Qué dices de Stewart?

—Lo trincharon y lo metieron en el frigorífico...

—¿Dónde está Vilma? ¡Quiero verla!

—A lo mejor también está trinchada...

—¿Vieron a Frank Bros?

—Debe estar haciendo testamento.

—Cada uno de ellos tiene su habitación en esta misma casa. Tú, Bill, ve a llamarlos. Usted, teniente, por favor, no se mueva de aquí hasta que vuelvan Kenneth y Morris.

—No volverán —dijo Tom.

—Infiernos. Con razón te llaman Joe Cadáveres. Todo lo ves negro...

El socio de Clint Sutton sacudió la cabeza.

—Tal como están las cosas, debió contratar a un *clown* de circo para que le contase chistes.

—Con tus chistes y los de tu socio ya tengo bastante.

—Vuelva a la cama —dijo el teniente.

—Ni hablar... A esa cama, nunca. Antes me meteré en la bañera.

Clint había salido de la habitación para dirigirse a la de Vilma.

Abrió la puerta vecina, donde Bobby había oído ruido. Dio la luz, pero allí no vio a nadie.

Continuó su camino y llamó en la siguiente puerta.

—Adelante —dijo Vilma.

La rubia estaba acostada, con un cigarrillo entre los labios.

—¿No oíste el grito de tu querido osito? —inquirió Clint.

—Claro que lo oí.

—¿Y por qué no fuiste en su ayuda?

—Porque no quiero que me rebanen el cuello. Aquí están pasando cosas muy raras esta noche...

—Sin embargo, dejaste la puerta abierta.

—Lo hice por si se le ocurría a Herbert darse una vuelta por aquí.

—Muy delicada...

—¿Qué le pasó a Bobby?

—Intentaron estrangularlo.

—¿Quieres decir que tampoco pudieron con él...?

—No. Bobby está demostrando ser un hombre duro de pelar.

—Quizá resulte cierto lo que me dijo cierta vez.

—¿Qué te dijo?

—Que tenía más vidas que un gato.

—Qué pena para ti, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas.

—Frank y tú estáis en combinación.

—¿En qué estamos de acuerdo?

—En liquidar a Bobby.

—Oye, eso es una trampa que me quieres tender.

—Tú y Frank os queréis casar, pero mientras Bobby esté vivo, os tenéis que ver a escondidas. Cualquier día Bobby se enterará de vuestro amor clandestino y os meterá a los dos en una fosa para que os améis hasta el fin de los siglos.

—Eres un tonto, Bill... ¿Crees que después de soportar a Bobby puedo querer a un hombre como Frank?

—Falta agregar algo. A Bros también le conviene que Bobby abandone el mundo para ocupar el puesto de jefe.

—Frank es un estúpido. Todavía no se ha dado cuenta de que no tiene categoría para ocupar el cargo de jefe de una organización. El muy ingenuo cree que lo van a votar... Pero la verdad es que, cuando Bobby muera, ni siquiera continuará siendo lugarteniente. El hombre que ocupe ese puesto, lo despachará con un boleto para el infierno.

Clint se dijo que aquella muchacha era tan inteligente como parecía. Él, Clint, nunca había admitido que Bros pudiese ser el sucesor de Bobby en un *gang* que manejaba millones de dólares. Frank sólo servía para cumplir las órdenes de otros que ocupasen las alturas, pero no tenía clase para ser el mandamás.

—Ven aquí, Bill... Quiero hablar contigo.

Sutton se acercó al lecho.

—Siéntate aquí, a mi lado.

Clint se sentó en el borde.

Vilma dio una chupada a su cigarrillo y le echó el humo a la cara.

—Eres un tonto. ¿Es que no te das cuenta de lo que has

despertado en mí?

—¿Qué es lo que he despertado?

—Una pasión volcánica.

—Claro. Por eso echas humo.

—Eres el tipo más ingenioso que he conocido. Y eso siempre lo he admirado en un hombre. Su capacidad para pensar.

—Yo soy un filósofo.

Ella acercó su cara a la de él.

Lo besó en los labios, con suavidad.

Clint sintió cosquillas.

—Bill —dijo Vilma con voz súbitamente enronquecida—. Mata a Bobby, mata a Frank y a Joe...

—Luego mataré al del FBI, al criado y también al jardinero...

—Será maravilloso.

—Será un baño de sangre...

—Tú y yo solos, Bill.

—Sobre una montaña de huesos.

—Conseguiré que te voten, Bill... Desde ahora te prometo que tú ocuparás el puesto de Bobby. Tengo muy buenas relaciones entre la crema del *gang*...

Lo besó otra vez.

En aquel momento se abrió la puerta.

Una mujer dio un chillido.

Clint se apartó de Vilma.

La mujer que había dado el chillido era Leyla Dalton.

—Rica —dijo Vilma—, ¿no te enseñaron que para entrar en un dormitorio hay que llamar antes a la puerta?

Los ojos de la fotógrafo de Prensa Reunida eran dos pozos llameantes.

—Usted... usted —dijo con el pecho jadeante de furia. Luego dio media vuelta y salió pegando un portazo...

—Eh, Bill... Parece que tocaste el corazón de la fotógrafo.

—Soy un tipo muy popular.

Se encaminó también hacia la puerta.

—Eh, Bill, ¿es que te vas?

—El trabajo. Recuérдалo... Tengo que matar, matar y matar...

Vilma bostezó.

—Estoy cansada. No me despertaré hasta las nueve...

—Dulces sueños, nena.

Sutton salió al corredor.

Vio a Leyla a tres pasos con los brazos cruzados.

Todavía estaba iracunda.

—Ya estoy aquí, pequeña...

—¿Cómo me he podido fiar de usted? Soy una estúpida.

—A veces las cosas no son lo que aparentan.

—Oh, claro. Usted y ella no se estaban besando.

—Correcto. Ella me estaba besando a mí.

—Cínico...

—Me estaba contando una historia.

—La de Caperucita y el Lobo.

—Leyla, tienes que creerme. Esa mujer no significa nada para mí. Ni siquiera en camisón.

Leyla levantó la barbilla.

—Por mí puede continuar ahí dentro todo el tiempo que quiera.

—Eh, espera, escucha un momento.

—No tengo nada que escuchar.

La muchacha se marchó rápidamente por el pasillo.

Clint fue a seguirla pero se detuvo, porque aquél no era el momento más indicado para sacar a Leyla de su error.

Fue a la habitación siguiente y entró sin llamar.

Frank Bros estaba cabeza abajo. Tenía los ojos cerrados.

Hacía el pino junto a la pared.

Se cubría con un pijama muy bonito, de raso.

—¿Qué haces, Frank?

—Estoy practicando yoga.

—Ya entiendo. Así, cuando te peguen el navajazo no lo notarás.

Frank se desplomó.

—Maldita sea... Por tu culpa he perdido la concentración necesaria para hacer el ejercicio.

Se tocó la cabeza donde se había golpeado.

—Ya entiendo, Bill. Vienes a darme buenas noticias. Al fin lograste liquidar a Bobby.

—Todavía no. Y ahora va a ser un poco más difícil.

—¿Por qué?

—Ya sabes, está en la casa el FBI. Y nada menos que dos de sus representantes.

—No me digas que tú y Joe os vais a volver atrás.

—Quizá... sí.

—Habéis cobrado quince mil dólares.

—Puedo devolvértelos.

—No puedes hacer eso, Bill. Conmigo no se juega. Me dijiste que tú y Joe acabaríais con Bobby. Y es lo que vais a hacer, ¿me entiendes?

—Veremos qué se puede hacer.

—No quiero nuevas excusas.

Sutton exhaló el aire de sus pulmones y se dirigió hacia la puerta.

—Continúa con el yoga, Frank, y deja que los hombres trabajen.

Salió al corredor y se dirigió otra vez a la habitación de Bobby.

Kenneth y Morris ya habían aparecido.

Entre ellos y Tom Dike estaban dándole la vuelta a la cama, para poner la cabecera en el centro de la habitación.

El teniente Dewey y el larguirucho Harris contemplaban la escena al lado de Herbert.

—Señor Herbert, ya tiene la cama dispuesta —dijo Kenneth—. Ahora no le puede salir ninguna mano por la pared.

En ese momento se desplomó la lámpara, destrozándose sobre la cabecera de la cama.

La estancia quedó a oscuras y Bobby pegó un grito.

—¡No salió una mano pero cayó una lámpara!

—Silencio —gritó el teniente Tamblyn—. Enciendan una vela...

Sutton se dispuso a encender un fósforo pero en ese momento se abrió la puerta de la habitación.

Se produjo un estruendo.

Alguien estaba disparando una pistola desde el corredor.

—¡A tierra! —gritó Dewey.

Se armó un alboroto de mil diablos.

El hombre que disparaba desde el corredor desapareció enseguida.

—Sé dónde hay velas —dijo Kenneth.

Se metió en el cuarto de baño y regresó con un candelabro.

La estancia quedó iluminada.

Bobby estaba abrazado al teniente Dewey como si fuese a bailar un tango.

Las balas disparadas sólo habían ocasionado una víctima.

Era Morris, el guardaespaldas. Estaba despatarrado en el suelo. Un proyectil le había atravesado el cuello.

—¡Harris! —gritó Tamblyn—. Salga en persecución del asesino.

El agente salió disparado de la habitación.

El teniente se apartó de Bobby, el cual tenía los ojos como dos medios huevos duros, mirando el cadáver de su guardaespaldas.

—Esa bala iba destinada a mí —gimió.

—Y que lo diga, jefe —contestó Tom Dike—. Todas tenían grabado su nombre. Pero usted tiene más suerte que los que ahorcan.

Bobby se llevó la mano a la garganta.

—¡La horca!... ¡Eso es lo único que les falta probar!... Veneno, balas, una lámpara, una mano... ¡Me ahorcarán con una soga!

Dio un chillido histérico.

—¡No me matarán! ¡No lo conseguirán! ¡No me ahorcarán!...

—Este hombre está muy mal, teniente —dijo Sutton—. Sería bueno que le viese un médico.

En aquel momento apareció Frank Bros.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Frank, han intentado matarme otra vez... —chilló Bobby—. Ha aparecido un tipo, al que no le vimos la cara, y se puso a repartir plomo...

—Serenidad, jefe...

—¡Y un cuerno me vas a aconsejar tú! Algo marcha mal aquí. Esta casa fue siempre tranquila. Y ahora, de pronto, ocurre todo a la vez... Se nos han metido los enemigos bajo mi techo. ¡Malditos sean todos! Los iré destruyendo uno a uno... Aquí sólo puede haber un vencedor y ése será Bobby Herbert.

El teniente Dewey se acercó a Frank.

—Llame al médico de cabecera de Herbert y dígame que traiga un par de kilos de tranquilizantes... Su jefe los necesita con urgencia.

—Sí, teniente. Ahora mismo voy.

Harris entró en la habitación.

—No pude encontrar a nadie, teniente.

—Está bien, Harris. Llama otra vez a la ambulancia.

Clint le recordó:

—Le dije que viniese cada media hora...

—Ya estoy harto de usted, Bill.

—Qué lástima que no nos pueda cargar a Joe y a mí la muerte de Morris. Los dos estábamos aquí...

—Kenneth —dijo Bobby—. Llévame a la habitación de Frank. Espero que allí habrá un poco más de tranquilidad...

Vilma apareció, cubriéndose con un salto de cama muy sugestivo.

—Querido... ¿qué te pasa?

—Nada, no me sucede nada. Dije ayer que la fiesta de esta noche iba a ser sonada, pero yo no sabía qué lo iba a ser tanto...

De pronto, Sutton se acordó de Leyla.

—Eh, Harris. —Se volvió al larguirucho—. ¿Vio a Leyla por ahí?

—No.

—¿Registró la casa?

—Sí.

Clint sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Teniente, ¿por qué trajo a Leyla aquí?

—Me dijo que quería hacer unas cuantas fotografías, pero quizá lo hizo porque quería ver de nuevo a usted...

—No debió traerla nunca.

—A ella no puede pasarle nada, Bill.

—¿Es que no se da cuenta de que está en la casa del asesinato? Hay unos cuantos locos sueltos por ahí. Y Harris dice que no la ha visto.

—Debe estar en la biblioteca leyendo alguna cosa.

Sutton salió de la habitación y echó a correr.

Bajó por la escalera, saltando los peldaños de tres en tres.

Poco después irrumpió en la biblioteca.

—Leyla... —gritó.

En la biblioteca no había nadie.

Se dirigió hacia la cocina.

Pero tampoco allí estaba la muchacha.

Abrió con cierto temor el frigorífico. Al criado se lo habían llevado en el primer viaje de la ambulancia, y ahora, allí no había ningún cuerpo humano.

Pero ¿dónde estaba Leyla?

CAPÍTULO IX

Leyla, después de hablar en el pasillo con Sutton, se había ido a la biblioteca.

Continuaba furiosa.

Después de todo, la culpa había sido suya. ¿Por qué se había enamorado de Bill?

De pronto, oyó unos estampidos arriba y ruido de voces.

Comprendió que venían de la habitación de Bobby.

No supo qué hacer. Si salía de allí, se arriesgaba a encontrarse en el camino de una bala.

Se acercó a la puerta y esperó. Ya habían cesado los estampidos.

Oyó que alguien bajaba por la escalera y contuvo la respiración.

Se apartó unos pasos de la puerta.

En aquel momento hubiese gritado llamando a Bill. Pero no sabía si la persona que corría era amigo o enemigo.

Se abrió la puerta y entró un hombre de ojos hundidos. Tenía una pistola en la mano.

—No grites, nena, o te la cargas.

—¿Quién es usted?

Era Joe Cadáveres, que acababa de descargar una ración de plomo en la oscuridad de la habitación de Bobby.

—Tu tío Jimmy, el que se fue a plantar cocos en La Habana.

—¿A quién ha matado?

—No lo sé, nena. No tuve más remedio que tirar a bulto.

—Bill... Ha podido matar a Bill...

—¿A qué Bill? ¿Te refieres a Bill el Asesino?

La joven no contestó y entonces Joe Cadáveres esbozó una sonrisa.

—De modo que estás por él, ¿eh, nena?

—No quiero hablar con usted.

—Ven conmigo. Te voy a llevar junto a Bill.

—No le creo.

—¿No? Ahora lo verás. Echa a andar hacia el fondo, dónde está el cuadro.

—No quiero ir con usted...

—Vendrás a las buenas o a las malas.

—Está bien —dijo la muchacha—. Iré.

—Ya lo suponía.

Leyla se movió hacia el fondo de la estancia, donde estaba el cuadro de Bobby.

Joe llegó al lado de la joven, alargó el brazo hacia arriba. Tocó una parte del marco.

Se oyó un ruido y un trozo de la pared empezó a moverse.

—Un pasadizo secreto —dijo Leyla.

—Así es, nena. Ahora métete por ahí...

—No quiero.

—¿Quieres que estropee tu linda cara? Bastará un golpe con el cañón de esa pistola y te quedará una marca para toda la vida... Sería una lástima, porque eres linda como una muñeca.

La joven tragó saliva. No le quedaba la menor duda de que aquel hombre llevaría a cabo su amenaza.

Entró en el pasadizo y Joe lo hizo a continuación.

En el centro del corredor había una bombilla.

Joe tocó, la pared y la puerta secreta se cerró.

—Sigue adelante, cariño. Al final hay una habitación donde encontrarás a tu Bill.

Leyla se sintió llena de curiosidad. ¿Y si fuese verdad que éste estaba allí?

Ante una mesa sobre la que había un candelabro con tres velas encendidas, vio a un hombre que estaba haciendo un solitario con un mazo de naipes. Pero no era Bill.

—Me ha engañado —dijo, volviéndose hacia Joe.

—Ése es Bill el Asesino.

Bill el Asesino había apartado la mirada de los naipes y estaba observando a la joven.

—¿Qué significa esto, Joe?

—La encontré en la biblioteca cuando venía hacia acá... Es la chica que vimos en compañía del teniente del FBI. Pero lo más bueno es que ella siente un gran interés por Bill el Asesino.

—¿Por mí? Ella y yo nunca hemos llegado a hablar —sonrió a la joven—. ¿O es que me vas a decir que te volviste loquita por mí, sin yo saberlo?

La joven sintió un escalofrío por la espina dorsal.

—¿Usted es Bill el Asesino?

—Sí.

—¿El asesino profesional?...

—Así es como nos llaman ciertos tipos.

Leyla quedó unos segundos con la boca abierta.

—Entonces... ¿el otro quién es?

—Un impostor...

Leyla miró a Joe.

—¿Y usted?

—Yo soy el genuino Joe Cadáveres... Naturalmente, tú también has conocido a otro Joe Cadáveres, pero es un miserable farsante, lo mismo que el que suplanta a Bill... Esos fulanos han querido ganar dinero en grande explotando nuestro nombre... Pero nosotros les vamos a demostrar que hicieron un mal negocio el día que tuvieron esa idea. Bill el Asesino sólo hay uno, lo mismo que sólo existe un Joe Cadáveres.

La joven cruzó las manos sobre el pecho.

—Gracias al cielo...

—¿Qué es lo que dices?

—Mi voz interior me decía que él no podía ser un criminal...

—¿De qué hablas, muñeca?

La joven abrió los párpados.

—Les exijo que me dejen en libertad.

—¿Y qué más quieres, ricura? ¿No querías estar con Bill? Pues ahí lo tienes.

Éste se levantó de la silla y observó a la muchacha apreciativamente, de la cabeza a los pies.

—No estás nada mal, pequeña... Un poco delgada, porque a mí me gustan llenitas de carne.

—Váyase a su pueblo y allí encontrará las de su gusto.

—¿Por qué ir tan lejos cuando puedo encontrar aquí una que, aunque esté un poco delgada le da cien vueltas a la más bonita?

Leyla tuvo la impresión de que se le helaba la sangre en las venas.

Bill había echado a andar hacia ella.

—Eh, ¿por qué no jugamos una partida de cartas? —dijo Leyla—. ¿Saben jugar a la canasta?

—Prefiero otra clase de juegos cuando estoy con una muchacha como tú —contestó Bill.

—Será mejor que no se acerque mucho. Tengo la gripe, ¿sabe? —Leyla se puso a toser.

Bill se pasó una mano por la nariz.

—Qué casualidad. Yo la tuve hace una semana.

—La atrapará otra vez.

—No, nena... Quedé inmunizado para una buena temporada. De modo que, puedes darme todas las raciones de microbios que quieras. Y si es de labio a labio, mejor...

—Oigan, ustedes vinieron aquí a hacer un trabajo... ¿Se acuerdan?

—Sí, nena. Nos llegamos a cargamos a Bobby Herbert.

—Pues él todavía vive.

Bill se interrumpió mirando a Joe.

—¿Es que no has despachado a Bobby?

—No.

—¿Por qué no?

—La habitación estaba a oscuras y tiré a bulto. Disparé para ver si lo cazaba. Quizá haya tenido suerte.

—Qué gran tipo eres tú.

—¿Qué culpa tengo yo de encontrar el dormitorio sin luz?

—Deberías esmerarte más en el trabajo. Recuerda que, gracias a eso, nos hemos hecho un nombre en la profesión.

—Bill, ya te dije que debíamos renunciar a esta faena. Todo está saliendo mal... Nunca nos habían pasado tantas cosas extrañas.

—Maldita sea, ¿cómo te tengo que decir que no podemos retroceder ahora? ¿Qué pasaría si se enterasen de que hemos fracasado en el trabajo más importante de nuestra vida?

—Todo el mundo tiene derecho a equivocarse una vez.

—Pero no nosotros, y menos cuando nos encargan que liquidemos a Bobby Herbert... ¿Sabes lo que pasaría si saliésemos de esta casa sin haber cumplido el contrato? ¡Yo te lo diré, Joe! Haríamos el ridículo más espantoso... Perderíamos nuestra categoría y ya puedes estar seguro de que sólo quedaríamos para

matar viejos...

Joe se miró la punta de los zapatos, avergonzado.

—Sí, Bill... Tienes razón. Siento haber pensado en retirarnos.

Bill le palmeó en el brazo.

—No te preocupes, Joe... Todos tenemos momentos de vacilación, pero hay que sobreponerse y continuar el camino recto...

—Sí, Bill. No me desviaré más.

Leyla abrió la puerta de un tirón y echó a correr por el pasadizo.

A su espalda, oyó la voz de Bill:

—¡Atrápala, Joe!

Leyla vio al fondo la puerta que comunicaba con la biblioteca.

Sabía que existía un resorte en la pared que la abría. ¿Pero llegaría a tocarlo?

—¡Párate ahí, nena!... —Oyó que gritaba Joe.

Su mano tocó el resorte.

La puerta de la biblioteca se abrió.

Irrumpió en la habitación, tropezó con la alfombra y cayó al suelo.

Joe salió también por el hueco y se echó a reír.

—Ya te cacé, nena.

En ese momento un puño se estrelló contra la mandíbula de Joe.

El pistolero salió despedido contra una estantería, a la que embistió con el ímpetu de una res enfurecida.

Leyla gritó desde el suelo:

—¡Cuidado! ¡Bill el Asesino está ahí dentro! ¡Viene hacia acá...!

Sutton oyó pasos por el corredor secreto.

Se arrojó sobre Joe y le metió la mano bajo la axila.

Tiró de la pistola y se revolvió.

Bill apareció en el hueco con un arma en la mano.

Clint apretó el gatillo sin pestañear.

Bill disparó también, pero se contorsionaba, porque estaba recibiendo plomo.

Joe recibió las balas enviadas por su propio compañero.

Saltó en el suelo como un muñeco de trapo.

Bill lanzó un grito, giró como una peonza y se derrumbó, golpeándose en la frente contra el filo de la mesa. Pero el golpe no le hizo daño alguno, porque ya estaba muerto.

Clint se percató de que el hombre a quien había quitado la pistola también había expirado.

Entonces se volvió hacia Leyla, que sollozaba de bruces en la alfombra.

—Leyla —la llamó.

La joven levantó la cabeza y lo miró, asombrada.

—¿Estás vivo?...

Se puso en pie y se echó en sus brazos.

Sutton la apretó contra sí y la besó en la boca.

De pronto se oyó un grito:

—¡Suéltela, Bill!... ¡Apártese de ella o le juro que le vuelo la cabeza!

Sutton dejó a Leyla y se quedó mirando al teniente Tamblyn, que había irrumpido en la biblioteca con una pistola en la mano.

El hombre del FBI se detuvo.

—Un cadáver —dijo al ver a Joe al pie de la estantería.

—Detrás de la mesa tiene otro... —agregó Clint.

—¡No, maldita sea! ¡No puede ser!

—Imagino que la ambulancia llegará de un momento a otro...

—¡Deje en paz la ambulancia! —gritó exasperado, Dewey—. ¡Usted no puede matar tan seguido!

—Tengo licencia para usar pistola.

—¡Lo que usted necesita es licencia de caza!

El teniente miró un cadáver y luego al otro. Luego apuntó a Clint a la barriga y preguntó:

—¿Quiénes son éstos?

—Le presento a Joe Cadáveres y a Bill el Asesino.

—¿Qué quiere que diga ahora? ¿Encantado de verlos muertos?

—A su gusto, teniente.

—Usted es Bill el Asesino.

—Ha llegado la hora de las confesiones. Recline la cabeza sobre mi pecho y le contaré la historia de mi vida, teniente.

—Prefiero oírse dentro de una celda.

—Se va a quedar con las ganas.

—Bill, queda usted detenido.

—No puede usted hacer eso.

—Dígame una razón para que no detenga a un hombre que acaba de cometer un doble asesinato.

—Legítima defensa.

—Puaf...

Leyla intervino.

—Es cierto, Dewey...

—Tú eres su testigo, ¿eh?

—Sí, Dewey, soy su testigo...

—Vete a la cocina.

—Es lo que decís todos los hombres cuando llega un momento como éste. Pero me quedaré. Quiero que conozcas la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que mató a estos dos hombres en legítima defensa.

Tamblyn se pasó la mano por la cara.

—Leyla, por favor. No quiero volverme loco; no, son muchos años de servicio... Mi ilusión es llegar a capitán y jubilarme. Todavía me quedan muchos años, pero tengo la esperanza, si las balas me respetan, de ver realizadas mis ilusiones algún día.

—Y tendrá una esposa, y unos hijos —agregó Clint—. Y quién sabe si no tendrá también un peral y una mecedora. Y se dormirá con el suave céfiro de las noches de agosto...

—¡Basta!

El teniente respiraba jadeante, como si acabase de subir a pie el Empire State.

—Dewey, en serio —dijo Leyla—. Esos hombres me habían secuestrado. Eran Joe Cadáveres y Bill el Asesino, los verdaderos, los genuinos. Por lo que oí, habían sido contratados para asesinar a Bobby Herbert. Yo encontré aquí, en la biblioteca, a Joe Cadáveres cuando acababa de disparar arriba. Bill el Asesino estaba en el compartimento secreto.

Tamblyn se pasó una mano por el cabello.

—No sé si puedo creerlo.

—Créelo, porque es la verdad.

El teniente clavó sus ojos centelleantes en Clint.

—¿Quién es usted realmente?

—Yo soy Clint Sutton y mi amigo Tom Dike, agentes de «Asuntos Varios», con oficina instalada en un cuchitril del número 364, de la Calle 62 Este.

—¿Cómo se metieron en el lío?

—Es muy largo de contar.

—Tenemos tiempo.

En aquel momento sonó el carillón de la puerta.

Alguien abrió y se oyeron voces.

—Estoy esperando, Sutton... Conteste —dijo Tamblyn.

—Espere un momento, Dewey, tenemos visita.

El agente Harris entró en la biblioteca y, tras dirigir una mirada a los cadáveres, dijo:

—Señor, acaba de llegar el médico de cabecera de Bobby Herbert.

Un hombre apareció portando un maletín.

Clint lo observó enarcando las cejas.

El médico de cabecera de Herbert era su cliente, el doctor Freeman.

CAPÍTULO X

—¿Trajo tranquilizantes, doctor? —inquirió Tamblyn.

—Sí. Vengo bien equipado.

—Está bien. Puede subir a la habitación de su paciente. Acompáñelo, Harris.

El doctor hizo una inclinación de cabeza y salió de la habitación con el agente.

El teniente carraspeó.

—Está bien, Sutton. Continúe donde nos habíamos interrumpido.

—Todo fue debido a una confusión.

—¿Qué confusión?

—Está claro, teniente. Bobby Herbert, nos tomó por Joe Cadáveres y Bill el Asesino, y nosotros le dejamos creer eso porque queríamos ganar un poco de plata.

—Tiene sentido... Si Bobby no hubiese aceptado que ustedes eran Bill y Joe, se los habría cargado enseguida.

—Con su permiso, teniente.

—¿Adónde va?

—Arriba, para ver cómo van las cosas.

—Está bien. Yo me quedaré con Leyla... Quiero hablarle.

—No trate de quitármela ahora, teniente... Soy un agente de «Asuntos Varios», pero muy honrado.

Clint salió de la habitación y subió rápidamente la escalera.

Vio en el pasillo a Tom Dike.

El corazón le dio un vuelco, porque pensó que el doctor Freeman estaría a solas con Bobby.

—Eh, Bill, ¿sabes, a quién acabo de ver?

—No me lo digas. Yo lo vi primero. ¿Pero por qué no te quedaste adentro con él?

—Dijo que necesitaba estar a solas con Bobby... Seguramente

para matarlo mejor...

—La has hecho buena...

—Pero Herbert no consintió que saliese Kenneth.

—Menos mal.

Entró en la habitación.

El doctor Freeman estaba observando con una lupa la cabeza de Bobby.

—Qué hermoso cráneo...

—No veo que tenga nada de particular —dijo Clint—. Es como un melón de agua. ¿No le parece, doctor Freeman?

Bobby dio un respingo.

—Eh, Bill, como me vuelvas a faltar al respeto, voy a mandar que te desriñonen...

Kenneth estaba sentado en una silla, comiéndose las uñas de una mano.

—Lo que yo daría por saber lo que tiene usted ahí dentro —dijo el doctor—. Es maravilloso el poder de la mente humana.

—Doctor, vino aquí para ayudarme a dormir. Y de eso es lo único que tiene que ocuparse... ¿Por qué infiernos tiene que estar siempre admirándose de mi cabeza? Ya sé que la tengo sobre los hombros y que es única en el mundo... Soy el más inteligente.

—Yo no diría tanto.

—Bueno. Pongamos que soy uno de los más inteligentes.

—Eso, sí. No tengo la menor duda. Su cerebro es privilegiado.

—Gracias, doctor Freeman. Da gusto tenerlo como médico de cabecera. Desde que ha llegado, me siento como nuevo.

—Ahora se sentirá mejor todavía. Después que se tome los comprimidos que le voy a dar.

—¿Qué clase de comprimidos son?

—Tienen un nombre algo complicado. Han salido recientemente a la venta.

Clint intervino:

—Yo podría aclarárselo. La palabra empieza por «v» y tiene tres sílabas.

—No me gustan los jeroglíficos —dijo Bobby.

El doctor sacó su tubo de comprimidos y puso dos de éstos en la palma de su mano.

—Los tiene que tomar con un sorbo de agua, Bobby.

—¿Qué sabor tienen, doctor?

—Dulces como la miel.

—La amargura viene después —habló de nuevo Clint.

—¿Quieres callarte de una vez, Bill? —rezongó Bobby.

El doctor tomó un vaso de agua que había en la mesita de noche y dijo:

—Vamos, señor Herbert, sin titubear.

Bobby los tomó y fue a echárselos a la boca, cuando Sutton dijo:

—Espere un momento, Herbert.

—¿Qué te pasa ahora, Bill?

—He observado que al doctor le tiembla un poco el pulso. Sería conveniente que él tomase también dos comprimidos.

—Es una buena idea, Bill.

El doctor se puso muy serio.

—Este caballero se equivoca. Mi pulso es perfectamente normal.

—Parece que se ha enfadado, doctor...

—Yo no tomo las medicinas que receto a mis enfermos. Estoy completamente sano.

—Pues esta vez va a hacer una excepción, doctor Freeman.

—No comprendo a qué viene esa actitud.

—Acabo de adivinar el jeroglífico de Bill. Dijo que era una palabra que empezaba por «v» y tenía tres sílabas. Yo sólo conozco una: veneno.

—¿Veneno?

—Sí, doctor Freeman. Veneno.

—¿Cree que lo quiero matar?

—Esta noche no me fiaría ni de mi padre...

—Señor Herbert, me está ofendiendo.

—Pues se va a tragar la ofensa. Y también los comprimidos, y con el buche de agua... Vamos, doctor.

—Esto es intolerable.

—Déjese de cuentos, y atícese la medicina.

—Me niego a hacer tal cosa.

—Kenneth —dijo Bobby—. Saca la pistola...

—Ya la tengo en la mano —contestó el aludido, que invirtió en sacar una fracción de segundo.

—Apunta al doctor.

—Hecho está.

—Ahora, doctor Freeman, escúcheme bien. O se toma los comprimidos o Kenneth le receta los suyos, que son especiales y de punta hueca.

Él, doctor atirantó los músculos faciales.

—Está bien, señor Herbert... Tomaré esos comprimidos. Pero debo decirle que, desde esta noche, renunciaré a ser su médico de cabecera.

—Trague y calle.

El doctor Freeman tomó las dos tabletas de la mano de Bobby, se las metió en la boca y bebió un trago de agua.

—¿Está ya satisfecho? —dijo, devolviendo el vaso a Bobby.

Clint entornó los ojos. Si aquellos comprimidos eran veneno, el doctor Freeman se acababa de suicidar, y si moría, se quedarían sin cobrar los otros dos mil quinientos dólares. Demonios, debía haber cuidado un poco más a su cliente.

El doctor Freeman metió el estetoscopio en su maletín, cerró éste con un chasquido y luego dijo:

—Si mis servicios ya no son necesarios, me gustaría volver a casa.

—Usted se queda, doctor —repuso Bobby—. Quiero que pase aquí la noche.

—Eso es imposible. Tengo otros pacientes a los que atender. Justamente, cuando salí de casa, estaba esperando una llamada.

—Bueno, doctor, yo le abono unos buenos honorarios.

—También los otros pacientes me pagan.

—Oiga, doctor Freeman, han atentado varias veces contra mi vida y, tal como están las cosas, estoy esperando de un momento a otro que aparezca un submarino por el corredor y me dispare un torpedo... Y si eso llega a ocurrir, quiero que esté a mi lado para que me preste los primeros auxilios.

—Lo siento, pero ya le he dicho que no puedo.

—Tendrá que hacerlo, doctor. Se quedará de buen grado o a la fuerza... De modo que puede elegir.

—¿Sabe que esto es un secuestro?

—Puede llamarlo como quiera, doctor, pero ya está decidido. Elija la habitación que sea de su gusto. Acuéstese y no trate de dormir...

En aquel momento se abrió la puerta y Tom entró gritando:

—¡Inmersión...!

—¿No se lo dije, doctor? —chilló Bobby—. Es el submarino. — Se cubrió la cabeza con la sábana.

—¿Qué te pasa, Joe? —preguntó Clint a su socio.

Tom tenía los ojos desorbitados.

—Frank Bros... Sumergido en el baño... Cara verdosa... Ojos como la cal... La lengua fuera... Ahogado...

—Otro cadáver al saco. *Stop*. Abrazos. *Stop*.

—¡Es verdad! Te juro que es verdad.

—No lo dudo. Vamos allá.

Mientras cruzaban el pasillo, Tom dijo:

—Cuando Bobby ocupó la habitación de Frank, el rubio se marchó a la última habitación del pasillo.

Entraron en la referida estancia.

—Ahí... en el cuarto de baño... —dijo Tom.

Clint empujó la puerta con el pie.

Frank Bros estaba sumergido en el agua que llenaba la bañera y que chorreaba al suelo por los bordes.

—Clint, esto es otro asesinato...

—Sí, Tom. Lo mismo pienso yo, porque ésta no es forma de tomar un baño.

—¿Cuántos crímenes van ya? He perdido la cuenta... —Es la cadena... A propósito, Tom. Tú tenías razón respecto a Joe Cadáveres.

—Estás convencido de que era él, ¿eh?

—Sí. Pero ya no tienes que preocuparte más. Bill el Asesino mató a Joe Cadáveres y yo maté a Bill el Asesino.

—Clint, ¿por qué no cambiamos de negocio y ponemos una funeraria?

—Será cuestión de pensarlo, muchacho.

—¿Qué hay del doctor Freeman?

—Tengo ganas de conversar con él.

—¿No despachó todavía a Bobby?...

—No. Estuvieron a punto de cargárselo a él.

—Cielos, esto es como una obra que vi en el teatro. Moría hasta el apuntador...

—Sí, socio. Y pensar que tú lo predijiste.

—¿Yo? ¿Cuándo?

—Cuando dijiste, en presencia del doctor Freeman, que empezabas a percibir un extraño olor a cadáver.

—Sólo acierto las cosas malas.

—No seas tan pesimista, Tom. Anda, ve abajo y dile al teniente que, cuando vengan los de la ambulancia, se lleguen aquí un par de hombres rana.

Clint salió de la estancia y Tom trotó tras de él.

Sutton entró en la habitación de Bobby.

Ya no estaba allí el doctor Freeman.

Kenneth se mordía ahora las uñas de la otra mano.

—¿Qué pasó con Frank? —preguntó Bobby.

—Tomó un baño de pies, pero como le gustaba hacer el pino, lo tomó al revés.

—Muerto...

—Del todo...

—Y encima ahogado...

—Apuesto cualquier cosa a que también se hizo un chichón. Ese chico estaba en su mala racha.

—Esto es el fin del mundo. Todos muertos.

—Todos. Es la ley de la vida, Bobby. Nacemos, vivimos, morimos...

—¿Por qué tiene que suceder ahora? ¿Por qué cuando he sido absuelto por una Comisión de Investigadores del Senado?

—Esas cosas ocurren. Uno está en la cumbre, y de pronto se precipita en el abismo.

—En vez de asesino deberías ser autor dramático, Bill.

—Me decidiría a serlo, si prometiese interpretar mis obras como primer actor.

—¿Pero qué hace el teniente Dewey? Díglele inmediatamente que deseo que entre en esta habitación y que no se aparte de mí.

—Tuvo suerte en elegir una cama de matrimonio. Cabrán los dos.

—Condenación, Bill. Deja ya los chistes.

—Voy enseguida a decirle al teniente que se llegue aquí, pero que antes haga una llamada a su departamento para que envíen dos o tres mil hombres... Hablando de otra cosa, ¿cuál es la habitación del doctor Freeman?

—La primera de la otra ala.

Clint salió del dormitorio y entró, sin llamar, en el que se encontraba el doctor.

Vio a este sentado, fumando un cigarrillo, junto a la ventana.

—Al fin solos —dijo Clint.

El doctor lo miró por encima de sus lentes.

—Señor Sutton, tengo el sentimiento de comunicarle que desde este momento ha dejado de representarme.

—Comprendo. Ya que está en la casa, se va a representar a sí mismo.

—Correcto.

—O lo que es lo mismo, que usted mismo se va a cargar a Bobby.

—Señor Sutton, le he dicho en distintas ocasiones que no soy un asesino.

—¿Qué pensaría usted de mí si yo lo creyese?

—Supuso que iba a envenenar al señor Herbert con los dos comprimidos.

—Me comporté como un tonto. Usted no podía matarlo en presencia de Kenneth y de mí.

—No lo habría envenenado, aunque hubiese estado a solas con él.

—Así que no lo quiere matar, ¿eh, doctor?

—No, señor.

—Pero quiere su cadáver.

—Sí, señor.

—Usted sugiere que yo me crea que se trata de dos cosas distintas.

—Lo son absolutamente.

—Pero suponiendo que así sea, no me negará que, al querer su cadáver usted ha de saber necesariamente muchas cosas más. Me refiero, como es lógico, a la forma en que Bobby iba a morir.

—Señor Sutton, soy un científico.

—En este caso concreto, es como si me dijese que es usted un habitante de Venus.

—Trato de hacerle comprender que no soy como los demás humanos...

—Yo lo veo bastante igual. Tiene una cabeza, dos piernas, dos brazos...

—No bromeo, señor Sutton.

—Disculpe, pero creo que es usted el que tiene ganas de bromear. Sépalo de una vez... Aquí han ocurrido muchas muertes. Un poco más y tendremos más víctimas que durante el terremoto de San Francisco.

—Sólo pretendía tranquilizarlo respecto a una cosa.

—Hable, doctor, hable, ha llegado el momento de las confidencias.

—Todos mis actos van encaminados al servicio de la ciencia.

—Eso es lo que yo me temía. Es muy corriente que los hombres de ciencia se dediquen a matar conejos o cualquier otra clase de animalitos al objeto de servir al progreso. Pero ha habido casos en que los científicos se pasaron de rosca y utilizaron como cobayas a seres humanos. ¿Es usted de éstos, doctor Freeman?

—No, señor Sutton.

—Permítame que lo dude.

—Recuerde que yo no le he pedido a Bobby Herbert vivo.

—No. Ya lo sé. Usted sólo quiere a este muerto. Y justamente se le ha ocurrido pedirlo cuando se lo están intentando cargar por todos los procedimientos.

—No tengo la culpa. No soy el autor ni el instigador del complot.

—Voy a admitir que así sea. Pero no me negará que usted conocía la existencia de ese complot. Usted lo silenció porque quería el cadáver de Bobby.

De pronto, se oyó un chillido.

—Doctor Freeman, quédese ahí y no salga de la habitación hasta que yo se lo diga.

Antes de que el doctor le diese una respuesta, Clint echó a correr.

La mujer gritó otra vez.

Ahora supo quién era. Se trataba de Vilma.

Entró en su habitación y vio a la joven tirada en el suelo.

—Allí, en la cama.

Clint miró el lecho.

Había un puñal clavado en el colchón.

—¿Qué fue?

Vilma señaló el balcón.

—Se marchó por allí.

Sutton fue hasta el balcón y miró fuera. No vio a nadie.

—Ya se marchó.

La joven estaba muy pálida. Se levantó tambaleándose y tomó un vaso de agua de la mesilla de noche.

Después de beber un trago, dijo:

—Ya había apagado la luz. Me estaba adormilando. Tuve la impresión de que había otra persona en el dormitorio. Traté de apartarlo de mi cabeza. No había oído el ruido de la puerta. Pero de pronto...

—¿De pronto?

—Escuché claramente una respiración. Había alguien a mi lado... muy cerca de la cama... Tomé impulso y salté. Oí cómo se desgarraba la sábana... Di un chillido... El hombre saltó por la cama, corrió al balcón y salió fuera.

—¿Le viste la cara?

—No.

—¿Cómo era?

—Más o menos de tu talla. Tengo frío, estoy helada...

La joven se echó en los brazos de Clint y él la estrechó contra sí.

—Bill ¿no sería un fantasma?

—No. Los fantasmas sólo arrastran cadenas.

—¿Y por qué quiso matarme a mí?

—Se lo preguntaremos cuando lo atrape.

—Bill qué bien se está entre tus brazos.

En aquel momento apareció el teniente del FBI, seguido de Leyla.

La fotografía de Prensa Reunida dio otro gritito al ver a Vilma en brazos de Clint.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Dewey.

—Un tipo trató de acuchillar a Vilma.

Leyla intervino con sarcasmo:

—Y seguramente recibió un golpe y tú le estás dando masaje.

—Sólo trataba de confortarla.

—Eres todo un caballero.

El teniente Tamblyn se apoyó en la pared. Cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Nunca tuve un caso como éste... Una hora más de locura y

presento mi dimisión.

—Teniente si le interesan los «Asuntos Varios», tiene un puesto en mi oficina.

—Prefiero plantar lechugas en la granja de mi abuelo.

Tom apareció en aquel momento.

—Eh, Clint. Tengo algo que decirte y es muy importante.

—Ya lo sé, Tom. El cartero se llegó a traer una carta y lo acuchillaron en el porche.

—Bueno, eso todavía no ha ocurrido porque aún no es la hora del reparto.

—Entonces, ¿de qué querías hablarme?

Tom Dike tosió.

—Perdona, pero es confidencial.

Clint dejó de abrazar a Vilma.

—Perdona, nena. Luego vendré otra vez para poner en marcha el sistema de calefacción.

Cuando pasaba junto a Leyla, ésta le dirigió una mirada cargada de electricidad.

—Bígamo...

—Cariño, estoy haciendo todo lo posible por aclarar el misterio.

Quiso pellizcarle la barbilla, pero ella le mordió un dedo.

Clint retiró la mano con rapidez y salió al corredor en pos de Tom.

Éste se había detenido al comienzo de la escalera y le hizo señas para que se acercase.

—Cuidado, que no te oigan.

Sutton se aproximó a su socio como si anduviese sobre nubes.

—¿Qué pasa, Tom?

—Ya sé quién es el asesino. El que envenenó a Bobby, el que mata a todos.

—¿De veras?

—Seguro, Clint.

—¿Quién es el asesino?

CAPÍTULO XI

—Es Vilma.

—No me digas.

—Estoy seguro, Clint...

—¿Por qué lo estás?

—Hace un rato pasé junto a la puerta y oí que ella hablaba con alguien.

—¿Con quién?

—No lo sé... Pero escuché un trozo de la conversación.

—¿Qué es lo que decía?

—Vilma decía, poco más o menos: «Hay que degollar a ese puerco».

—¿Dijo el nombre del puerco?

—No. Pero está claro que se trata de Bobby.

—Es posible. ¿Quién era su interlocutor?

—No lo sé, porque no pude oír nada más. En ese momento me llamó Kenneth.

—Oye, Tom, Vilma tiene muchas ganas de que Bobby muera y me propuso a mí que me encargase de liquidarlo.

—Ahí lo tienes.

—Pero estoy seguro de que han pasado cosas en las que ella no ha intervenido.

—Esa mujer es una ambiciosa.

—Más o menos como las demás. Aunque las otras no llegarían adónde Vilma podría llegar.

—Se me ocurre una idea, Clint.

—¿Cuál?

—Vayamos a la habitación de Vilma y atrapémosla por el cuello.

—Ya han intentado cazarla con un cuchillo.

—No me refería a que se pusiese a chillar. Podemos amenazarla con ponerle fósforos encendidos en las uñas de los pies...

—Tiene unos pies muy monos y se los estropearíamos.

—¿Sabes lo que te digo, Clint? Que lo mejor es que nos vayamos a nuestro hotelucho. Todavía podemos dormir unas horas antes de que salga el sol.

—Si nos marchamos, habrá más muertos.

—Los habrá aunque nos quedemos, Clint.

—Sí, y hasta es posible que el municipio se decida a convertir esta mansión en un cementerio. De esa forma, se evitará los traslados. —Hizo una pausa—. Yo también tengo otra idea. —Echó a andar rápidamente.

Tom fue en pos de él.

Entraron en la habitación de Bobby. Éste dio un grito.

—Eh, maldita sea. ¿Qué forma de entrar es ésa? Acostumbraros a llamar... Voy a enfermar del corazón.

Kenneth había terminado de roerse las uñas de las dos manos y ahora roía una manzana.

—Bobby —dijo Clint—. Ha llegado la hora...

—Condenación, Bill, no hables de esa forma.

—Me refiero a que vamos a desenmascarar al asesino.

—Estupendo, Bill. Cuenta con cinco mil dólares extras.

—Usted se va a quedar solo en esta habitación.

—¿Qué?... ¿Cómo?...

—Ya lo oyó.

—¿Te has vuelto loco, Bill?

—Sólo pretendo tenderle una trampa al asesino.

—Ya entiendo. Esto va a ser una ratonera y yo voy a ser el queso.

—Es el único cebo que el asesino morderá.

—Por lo que a mí respecta, el asesino se puede ir a la cocina y comerse todo el caviar.

—¿Quiere pasar el resto de su vida como un hombre asustado? ¿Se ha mirado al espejo, Bobby? Está ojeroso y su piel tiene el color de los cadáveres.

Éste se tocó la cara.

—¡No, infiernos, no! ¡Estoy vivo todavía!...

—¿Ha oído hablar de esos muertos que entierran con vida? Están metidos en la caja y, de pronto, despiertan porque sólo han sufrido una muerte aparente... Quieren respirar y no pueden.

Bobby se llevó una mano al cuello. Tenía los ojos desorbitados, abierta la boca, queriendo tragar aire...

—¡Maldita sea, Bill! ¡Cállate de una vez!

—Es de la única forma que podrá librarse de esta pesadilla... Además, debo decirle que nosotros estaremos alerta. Ya sabe, escondidos, esperando que el asesino aparezca. Antes de que pueda llevar a cabo sus planes, nosotros caeremos sobre él.

—¿Y si él cae sobre mí antes de que vosotros le pilléis a él?...

—Eso no podrá ocurrir nunca.

—No puedo confiar en nadie... Ni siquiera en ti, Bill.

—Muy bien. Si prefiere seguir esperando como un conejo a que lo apiolen, es cuestión suya... Pero óigame bien, Bobby. A pesar de Kenneth, a pesar de nosotros y a pesar del FBI, usted será ejecutado...

—¡No! ¡Mil veces no!

—Está escrito por el Destino...

—¡Arranca esa página del libro!

Bobby fue a seguir vociferando, pero se interrumpió.

—Después de todo, no es mala solución. Quizá aciertes, Bill... Una trampa... Sería estupendo... Además, tengo una pistola. —Metió la mano debajo de la almohada y sacó una «Luger» de cañón largo.

—Kenneth, vete al vestíbulo —dijo Clint.

—¿Por qué tan lejos? —inquirió Herbert.

—Si el asesino descubre que alguno de nosotros está cerca de la habitación, sospechará y pasará de largo.

—Está bien, Kenneth. Obedécele. ¿Dónde estarás tú, Bill?

—En el corredor. Detrás de alguna puerta.

—¿Y Joe?

—Se meterá en el jarrón estilo veneciano que hay en, mitad del corredor.

—Correcto. Pero oíd una cosa. Si yo grito, quiero que estéis aquí antes de que haya acabado de chillar.

—Cuente con ello, señor Herbert. Vamos, todos en marcha...

Los tres se dirigieron hacia la puerta, cuando Bobby dio un grito. Los tres se volvieron.

—Maldita sea —dijo Bobby—. Teníais que haber estado aquí antes de que acabase de gritar.

—Serénese, Bobby. Ahora no estaba aquí el asesino.

—Recordadlo. No debéis tardar ni un segundo.

—Los tres hombres salieron al corredor.

No había nadie a la vista.

Tom se metió en el jarrón veneciano y Kenneth bajó al vestíbulo.

Clint se quedó pensativo en el pasillo.

Se abrió la puerta de la habitación donde estaba el doctor Freeman y éste apareció en el hueco.

—¿Puede venir un momento, señor Sutton?

—No faltaba más, doctor.

Clint entró en el dormitorio y el doctor cerró la puerta.

—Lo he pensado muy bien y he decidido confesar, señor Sutton.

—Bravo, doctor, eso siempre es bueno.

—Yo quiero el cadáver de Bobby Herbert para estudiar su cerebro. Tengo mi propia teoría acerca de la criminalidad y estoy seguro de que, con el cerebro de Bobby en mi poder, podría convencer a mis colegas. ¿Se da cuenta? Sólo he querido dar a la ciencia la más maravillosa explicación acerca de por qué existen delincuentes... Es cierto lo que usted dijo... Yo no he querido matar nunca al señor Herbert. Pero sabía que lo querían asesinar.

—Así que, como suponía, conoce a la persona que ha organizado el complot.

—Sí, señor. Pero a mí sólo me interesaba conseguir el cuerpo de Bobby para obtener su cerebro.

—Está bien, doctor. Dígame ahora quién es el culpable.

Un aullido rasgó la atmósfera.

Clint abrió la puerta y echó a correr hacia la habitación de Bobby.

Entró con la furia de un huracán.

Herbert estaba en el suelo, con una piel de oso encima.

El teniente Dewey manejaba un cuchillo, que había utilizado repetidas veces contra la figura que yacía en la cama y que estaba formada por almohadones.

Bobby se puso en pie y señaló al teniente.

—¡Es él!... ¡Intentó matarme!...

El teniente Tamblyn tenía los ojos desorbitados, la boca babeante.

—¡Juré que no escaparías a mis manos! ¡Yo mismo te liquidaría!

¡Yo contraté a Joe Cadáveres y a Bill el Asesino, a los verdaderos...! Soy Dewey el Exterminador... No dejaré uno para contarlo... — Lanzó una siniestra carcajada y se lanzó sobre Bobby.

Herbert empezó a correr llevando encima la piel de oso.

Sutton se interpuso en el camino del teniente y le pegó un puñetazo en la mandíbula.

Dewey puso los ojos bizcos y cayó al suelo, desvanecido.

En la estancia habían entrado Leyla, Vilma, el agente Harris y Kenneth.

—¿Lo ha oído todo, agente Harris? —preguntó Clint.

—Desde hace algunos días, el teniente Dewey daba muestras de alteración, pero no podía suponer que se había vuelto loco... Ahora mismo llamaré a mis jefes para que nos manden refuerzos. El teniente tendrá que ingresar en un manicomio...

—Me parece que el cupo de locos va a ser mayor.

Bobby Herbert se había detenido en un rincón y estaba componiendo una extraña figura.

Tenía sobre su cabeza la del oso y movía las manos sobre su cara como zarpas.

—¿Dónde hay un hormiguero? Quiero irme al bosque. Robaré un panal de rica miel. Quiero que me pongan la corona del rey de los osos...

El agente Harris tomó el teléfono y se puso a hablar con sus superiores.

—Doctor Freeman —dijo Clint—, ¿cómo supo usted que el teniente Tamblyn se iba a cargar a Bobby?

—Es la mar de sencillo. También soy el médico de cabecera de él. Vino esta mañana a mi consulta. Ya se encontraba mal. Mientras yo le reconocía, se quedó dormido en el diván y habló en sueños. Entonces pude oír lo que se proponía. Matar a Bobby...

—Tendrá que responder por eso ante la Justicia, doctor Freeman.

—Estoy dispuesto.

Se oyó un estrépito en el corredor.

Clint salió fuera. Vio a Tom en el suelo, entre los restos del jarrón veneciano.

—No podía salir de aquí, Clint. ¿Qué pasó ahí dentro?

—Todo quedó arreglado. Fue el teniente Dewey. Pero está loco,

y también lo está ahora Bobby Herbert...

—¿Qué hay de nuestros otros dos mil quinientos dólares?

—No cumplimos con nuestra parte. El doctor no tiene su cadáver. Pero creo que ya ganamos bastante dinero.

Una voz dijo por detrás de ellos:

—¿Nada más que dinero?

Era Leyla.

Clint la tomó de la mano y dijo:

—Siempre tiene que haber una chica para un valiente.

Tiró de la joven y la besó ardorosamente en los labios.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.

